

# Confrontación

DE IDEAS PARA UNA NUEVA SOCIEDAD

2





**Confrontación** de ideas para una nueva sociedad  
Publicación trimestral.

Año I Nº 2 DICIEMBRE 1986

Director responsable: Julián LEMOINE

Consejo Editorial

*Carlos Abalo*  
*Beba Balvé*  
*Jorge Beinstein*  
*Carlos A. González Gartland*  
*Julián Lemoine*  
*Félix Marcos*  
*Néstor Vicente*  
*Ernesto Villanueva*  
*Alberto Wiñazky*

Redacción y administración: Avda. Belgrano 1787, 2º piso,  
(1093) BUENOS AIRES, Argentina. Teléfono: 45-4756

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en trámite  
I.S.B.N.

---

Suscripciones:  
Argentina (4 números) . . . . . 16 australes  
Exterior (4 números) . . . . . 20 dólares  
Giros y cheques a la orden de Carlos A. González Gartland.



## NOTA EDITORIAL

En el primer número de CONFRONTACION... fueron desarrollados algunos problemas referidos al poder en nuestro país, el aspecto cuantitativo de la clase obrera internacional, la dependencia, el Estado y la actual crisis del capitalismo en la Argentina.

En el presente volumen, los temas que se abordan tienen como epicentro la modernización, las clases sociales y la propuesta de convergencia democrática en la Argentina, junto al análisis de la crisis del capitalismo a nivel internacional. Antonio Berthelón desarrolla el tema de la modernización desde el plano de la epistemología, colocando a la modernización dentro de la contradicción sociedad civil-sociedad política. Bajo este marco teórico, el autor señala como en los últimos diez años ya Martínez de Hoz planteaba una forma de modernismo que hoy se prolonga en el lenguaje oficial.

Desde la filosofía, Liliuna Herrero aborda la modernización, cuestionando la categoría democracia-tolerancia, poniendo al desnudo lo verdaderamente intolerante que fueron y son las clases dominantes en Argentina para plasmar su proyecto de sociedad. Proyecto al que cíclicamente se lo ha barnizado de modernismo, especialmente por la escuela positivista y sus continuadores.

Ubicada la modernización desde el concepto de sistema mundial del capitalismo, Carlos Abalo critica simultáneamente las visiones autárquicas y de subordinación a la lógica del capital. Como propuesta, el autor levanta la necesidad de un programa de los trabajadores para la reestructuración industrial, que introduzca el grado de autonomía necesario para la integración de la Argentina con el sistema mundial.

El análisis del desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios producidos en las últimas décadas en las relaciones sociales, particularmente a nivel de la organización económica-corporativa en nuestro país, es el tema tratado por Nicolás Inigo Carrera y Jorge Podestá.

De esta forma, ambos autores señalan varias e importantes modificaciones producidas en la formación social del país.

El tránsito del "Estado-benefactor" a la actual "desregulación-estatal" como tendencia internacional dentro del capitalismo es explicitado por Alberto Wiñazky. El autor trata el tema como parte de las relaciones e interrelaciones del conjunto de la burguesía y de las necesidades de su fracción hegemónica, como medio necesario para asegurar hoy la reproducción de las relaciones de producción y circulación en el capitalismo.

César Bonanotte, Marcelo Gómez y Ernesto Villanueva, analizan la "convergencia democrática", poniendo sobre el tapete la particular relación entre Economía y Política en la vida



argentina. Los autores critican como verdadero sofisma a la propuesta gubernamental de convergencia, señalando que en ese discurso-práctica, la participación es entendida como modo de "influir sobre" y no como mecanismo de "decidir sobre" la vida nacional, en una praxis de verdadero cuño liberal.

Este es el aporte del Nº 2 de CONFRONTACION ... desde una perspectiva pluralista a la unidad del campo popular.

EL DIRECTOR

Diciembre de 1986

Ante distintos pedidos de incorporación al Consejo Editorial de CONFRONTACION DE IDEAS PARA UNA NUEVA SOCIEDAD, señalamos que:

El Consejo Editorial desde su fundación, decidió no ampliar su número. Ello no impide que estén abiertas las páginas de la revista a todas aquellas colaboraciones que se encuadren en la propuesta Editorial.

EL CONSEJO EDITORIAL

## Sumario

\* CARLOS ABALO

Carlos Abalo

*Modernidad y Modernización* ..... 11

Antonio Berthelon

*Modernización, lógica dialéctica y epistemología.* ..... 20

Liliana Herrero

*"Modernización: Una empresa tolerante"?* ..... 27

Nicolás Inigo Carrera y Jorge Podestá

*La disposición de fuerzas objetiva en la Argentina actual* ..... 34

César Bonanotte, Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez

*Notas sobre la Convergencia Democrática que nos propone Alfonsín.* ..... 49

Alberto Wiñazky

*El Estado en el Capitalismo Avanzado* ..... 60



# Modernidad y modernización

\* CARLOS ABALO

Las cuestiones inherentes a la modernidad son aquellas que tratan de la modificación de las condiciones en que se desenvuelve la economía, la vida social y cultural de un pueblo. La modernidad está generalmente vinculada a cambios en la sociedad burguesa y, de una manera mucho menos presente en la literatura política, a cambios en sociedades revolucionarias por la influencia del mercado mundial y de la cultura capitalista.

Pero la modernidad casi siempre está rodeada de un halo de idolatría, que nace de la alienación con que se conciben las relaciones sociales en la ideología y la cultura de la sociedad capitalista, sobre todo en los períodos de crisis y decadencia. El desarrollo de las ilusiones y las utopías originadas en las esperanzas acerca de los cambios tecnológicos concebidos al margen de las consideraciones sociales, indudablemente se relaciona con la mayor gravitación de las clases medias. Sin embargo, en la sociedad capitalista la reconversión tecnológica está sometida invariablemente a los cambios en el proceso de acumulación del capital, que fija los límites a la reconversión tecnológica y hace recaer sus consecuencias negativas inmediatas sobre los trabajadores. Cuando la modernidad se restringe a las condiciones de reinserción de un país periférico en el sistema mundial capitalista, ya ni siquiera es lícito hablar de modernidad sino apenas de una política de modernización por parte del capital nacional. Aun así, la izquierda debe tener una política nacional frente a la modernización.

El tema de la modernización no es nuevo en las discusiones del pensamiento socialista. Hay modernización cuando el capital se encuentra sometido a la necesidad histórica de transformar las condiciones de la productividad del trabajo para garantizar y mejorar su valorización y su reproducción en escala ampliada. Invariablemente, este proceso de ajuste implica una crisis cuyas consecuencias pagan los trabajadores y, en menor medida, los capitalistas que quedan fuera del mercado. La profundidad de la crisis que sirve de marco a la modernización depende de la magnitud de la transformación a encarar. En la crisis mundial del presente, la futura valorización del capital depende de grandes transformaciones en la sociedad, que incluyen una modificación en las condiciones de vida de los trabajadores y la conflictiva introducción de nuevas tecnologías en los procesos de producción. Cuando se trata de transformaciones de menor envergadura, las discusiones sobre la

\* Economista y periodista

modernización no adquieren particular relevancia y aun suelen pasar desapercibidas, pero, cuando se trata de cambios sociales e innovaciones tecnológicas mayores, como sucede en la actualidad, la discusión se hace intensa y en algunos casos confusa, dado que la polémica gira alrededor de temas que no son cotidianos. Tampoco sirve de mucho la referencia a las modernizaciones anteriores, como la primera revolución industrial, porque ellas tuvieron lugar en economías mundiales diferentes.

## SISTEMA MUNDIAL Y ECONOMÍAS NACIONALES

De cualquier manera, la modernización no se puede discutir al margen de la relación existente entre la economía mundial y las economías nacionales. Esta cuestión es de una importancia capital. La influencia nacio-

Los trabajos publicados son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no constituyen necesariamente la opinión de la revista. Pueden reproducirse total o parcialmente citando la fuente. No se devuelven originales no solicitados.



nalista, el enorme peso del stalinismo en el marxismo contemporáneo, la gravitación que ha alcanzado en algunos sectores de izquierda el pensamiento vulgar de la economía neoclásica y del estructuralismo y, sobre todo, la mezcla de conceptos provenientes de distintas vertientes, han oscurecido algunas cuestiones fundamentales.

En la tradición del marxismo no existían dudas de que el capitalismo era, por definición, un sistema mundial. Y esta no es una característica del capitalismo actual. Hay un proceso productivo mundial que se expresa en economías nacionales desiguales. Dado que el capital se encamina invariablemente hacia el mercado mundial, la acumulación de capital termina estructurando el sistema productivo mundial, jerarquizado y desigual. De acuerdo con esta concepción, la economía mundial no es una suma de economías nacionales, como todavía lo entienden una gran parte de los economistas marxistas. El todo, la economía y el mercado mundiales, es más que la suma o la relación entre las partes y posee características propias. "La tendencia a crear el mercado mundial está dada en la idea misma del capital. Todo límite se le presenta como una barrera a salvar". "El comercio ya no aparece aquí como función que posibilita a las producciones autónomas el intercambio de su excedente, sino como supuesto y momento esencialmente universales de la producción misma". (1)

Esta concepción del sistema productivo mundial choca tanto contra la idea de una suma de economías nacionales como con las concepciones neoliberales y estructuralistas, en que los estados nacionales aparecen como compradores y vendedores independientes. Para la economía neoclásica no existe la concepción del sistema mundial sino también la de una suma de economías nacionales, pero como hay al mismo tiempo una distribución mundial abstracta de los factores —no histórica, al margen de las características generales del sistema—, las desigualdades entre las economías nacionales son temporarias o circunstanciales, por lo que dichas economías pueden colocarse en condiciones de igualdad sin demasiado esfuerzo, con solo restaurar las condiciones de

equilibrio, más o menos comunes a todas. De ahí que las teorías de la modernización originadas en los planteos neoclásicos se centran en el análisis de las sociedades nacionales y hacen abstracción de la manera en que las modela el sistema mundial.

Para una gran parte del pensamiento marxista, la concepción de la economía mundial a partir de la suma de las economías nacionales proviene también de la forma en que Marx analiza en "El Capital" la unidad de los múltiples capitales y las categorías derivadas del capital en general (la tasa de ganancia, la composición orgánica, el beneficio, el interés, la renta de la tierra). El análisis de esas categorías corresponde supuestamente al mercado interno de un estado nacional burgués desarrollado, de acuerdo con las condiciones imperantes a mediados del siglo pasado. El mercado mundial ya existía, pero no era todavía el ámbito de acumulación del capitalismo financiero, entendido éste como la unificación del capital (3). Cuando se dieron las condiciones para la aparición y el desarrollo del capital industrial, el mercado mundial también existía, creado por el capital comercial. Pero lo que interesa aquí es el mercado mundial como ámbito fundamental y determinante de acumulación del capital financiero. Por consiguiente, una de las tareas que se les presentan a los marxistas contemporáneos es la formulación completa de una teoría de la acumulación mundial, teniendo en cuenta a la vez la unidad del sistema, su carácter esencial de totalidad en movimiento, determinada por las diferentes modalidades de acumulación de capital, pero concebida, sin embargo, como una compleja totalidad, en que las partes sólo pueden entenderse a partir del todo, en que el sistema como conjunto genera y reproduce continuamente y sin otra alternativa los capitalismos centrales y los capitalismos periféricos. Vale la pena señalar que fue Samir Amin quien se formuló con singular lucidez esta tarea y que empecé a cumplirla. (4)

Este enfoque tiene varios supuestos en discusión. Si el mercado mundial emerge cuando la división social del trabajo trasciende los límites de los estados nacionales y asume el carácter de una división social internacional del trabajo, hay también una burguesía mun-

dial en formación sujeta a una escala jerárquica similar a la que caracteriza al sistema en su conjunto. Otro supuesto es que la acumulación del capital en escala mundial da lugar a dos tipos de desarrollo capitalista: el de las economías del centro y el de las economías de la periferia, sujetas a características diferentes porque cumplen funciones distintas pero necesarias en el sistema mundial. A su vez, el rasgo genérico de capitalismo periférico o capitalismo central es insuficiente para comprender las características de cada capitalismo nacional, porque éstas sólo se pueden entender a partir de sus rasgos específicos y de su trayectoria histórica. La índole mundial del sistema no debilita sino que resalta la particularidad nacional de cada economía. Ya Trotsky había señalado que "cuanto mayor carácter mundial revista la economía capitalista, mayor carácter especial adquirirá la evolución de los países atrasados". (5)

El sistema mundial existe y no es una abstracción sino el rasgo más concreto que sirve para definir el carácter de la economía y la crisis contemporánea. Si se quitara esa premisa, cualquier fenómeno de la economía contemporánea sería ininteligible. Pero no es un sistema mundial acabado sino en permanente formación y destrucción. La economía mundial y las economías nacionales se mundializan o se integran cada vez más. Este es el rasgo dominante. Pero también existen las contratendencias. Durante la crisis de los años treinta se desgajó transitoriamente el mercado mundial. En la actualidad, la tendencia a la integración es más fuerte y se ha intensificado en la crisis, lo que tampoco autoriza a creer que es imposible un nuevo impulso centrífugo hacia el desgajamiento transitorio. En lo que atañe al problema de la modernización, importa discutir el sentido actual de esas tendencias. Se pueden señalar, por lo menos, dos puntos de vista implícitos, que aún no han sido expuestos en forma taxativa.

## ¿INTEGRACION O DISGREGACION?

Si las tendencias centrífugas (hacia la dispersión) tuvieran más fuerza que las tendencias centrípetas (hacia la integración) y la prime-

ra de las tendencias mencionadas perdiera el carácter transitorio que tuvo hasta el presente, el sistema tendería hacia la disgregación y se inauguraría una era de crisis permanente. Hasta el momento aun las crisis de larga duración confluyeron en una etapa de recuperación sostenida. Poco tiempo después de iniciada la fase del imperialismo, en que el ámbito de acumulación del moderno capital financiero es el mercado mundial, se inauguró una fase de depresión internacional relativizada por el dinamismo de la producción industrial en Estados Unidos: se trata del período comprendido aproximadamente entre 1870 y 1890, caracterizado por una abrupta caída de la tasa anual acumulativa del comercio mundial. (6) Sobrevino después una etapa de expansión que se prolongó hasta las vísperas de la primera guerra mundial (1891-1913), seguido por una fase de crisis estructural que se extendió desde 1914 hasta 1940, que —a su vez— culminó en una nueva etapa expansiva que se agotó alrededor de 1968. De ahí en adelante se está en presencia de una nueva onda larga de características depresivas cuyo fin todavía es incierto pronosticar.

Si se supone que no habrá una nueva etapa de recuperación en la economía capitalista, que la crisis adquirirá un carácter permanente y que el sistema mundial se desgajará irremisiblemente y a corto plazo, los esfuerzos orientados hacia la modernización no tendrían ninguna razón de ser. El desmembramiento del sistema llevaría en ese caso a un reordenamiento de las economías nacionales alrededor de sus respectivos mercados internos y desaparecería la lógica de la acumulación internacional de capital que se inició hace más de un siglo. Queda por señalar que si ese desmembramiento no condujera a un desmoronamiento del capitalismo en cada país y a la organización de un nuevo sistema social, el futuro podría deparar un hundimiento paulatino de las economías nacionales, una enorme disgregación social y un sistema político cavernícola. El capitalismo es un sistema mundial. Su superación sólo puede encontrarse en otro sistema mundial más avanzado. Pero la vuelta hacia atrás, en que el nudo de las relaciones de producción se localice en forma predominante y casi exclu-



siva en el ámbito nacional puede significar una **involución histórica** de grandes dimensiones, salvo que haya un efectivo cambio de sistema (lo que no puede considerarse automáticamente vinculado al derrumbe del sistema capitalista mundial) o que la Unión Soviética y los países socialistas puedan reestructurar el mercado mundial sobre otras bases. Hasta el presente, la Unión Soviética no ha podido crear un mercado mundial alternativo, pero nada hace suponer que una fractura de semejante magnitud en la estructura del capital sea asimilada por los centros imperialistas sin recurrir a la guerra. El antídoto estaría —otra vez— en un desarrollo revolucionario, pero la revolución es un fenómeno de naturaleza esencialmente política, que no está automáticamente vinculado al deterioro económico ni a la crisis social.

Si, por lo contrario, se supone que la realidad de los años que nos separan del tercer milenio estará determinada por la subsistencia del sistema mundial capitalista y que es posible que en ese período se produzca una reconversión industrial y se inicie una nueva etapa de expansión, no se podrá eludir el problema de la modernización.

Lo que fundamenta la modernización es la pertenencia a un sistema mundial. Sea cual fuere el régimen político, la inclusión en el sistema mundial implica la necesidad de una reconversión orientada a asimilar las pautas tecnológicas, a aprovechar las instancias de financiación, a organizar la economía de tal manera que se pueda disponer de la moneda que sustituye al dinero mundial y a aceptar en forma condicionada la división internacional del trabajo. Si no fuera así, Hungría o Polonia no participarían del Fondo Monetario Internacional, Cuba no pertenecería al GATT y China no trataría de captar tecnología occidental por medios hasta ahora prácticamente no utilizados por los países socialistas. Esto no significa que se acepte la modernización al estilo del FMI y la banca acreedora de los países endeudados sino que existe una inclusión en el sistema mundial, que hay una presión para modificar el sistema mundial y que esas acciones pueden realizarse tanto dentro de los límites de ese sistema como fuera de él. De lo contrario, no tendría sentido la política cubana —expresada en ocasión de las jornadas de 1985 en La



Aparato para subir escaleras de M. J. Alain Amiot

Habana sobre la deuda externa— de que los cambios sociales por sí mismos no son suficientes y que hay que complementarlos con la conquista de un nuevo orden económico internacional. La posición cubana, de no pago de la deuda externa dentro de un acuerdo internacional inicialmente forzado por una moratoria conjunta, más la lucha por un nuevo orden económico internacional y la integración económica, fue reiterada por Fidel Castro en múltiples discursos en 1985 y repetida en ocasión de su informe al III Congreso del Partido Comunista Cubano, a principios de 1986. (7)

Con dificultad, Samir Amin ha tratado de definir una relación de autonomía para la periferia que no signifique una ruptura completa con el sistema mundial, y a ese proceso lo ha denominado desconexión. “Realizar la desconexión significa... someter las relaciones externas de todo tipo a la lógica de un proyecto nacional de contenido popular, no subordinado a la dinámica de desarrollo y a los criterios de racionalidad económica del capitalismo monopolista. Romper con esa lógica es la única posibilidad que existe para el Tercer Mundo de responder a las necesidades del pueblo e impedir la repro-

ducción del desarrollo desigual, que es el fundamento de la relación entre el centro y la periferia”. (8) “No se trata en absoluto de un repliegue hacia la autarquía sino de un rechazo de la falsa racionalidad del mercado mundial. (...) No se trata de retirarse del mundo sino de poner en práctica una política diferente”. (9)

## ILUSIONES DE LA MODERNIZACIÓN

Esta posición está alejada del criterio de la autarquía porque presupone la existencia de un sistema mundial, pero tampoco tiene nada que ver con la aceptación pasiva de la modernización, amparada en el criterio de que el movimiento obrero no tiene nada presente que oponerle. Se trata de algo parecido a un encandilamiento con las perspectivas de la modernización, seguramente por no tener en cuenta con suficiente claridad que la integración subordinada al capital financiero internacional, lejos de abrir las puertas a un desarrollo más intenso del país, lo desarticula, limita las perspectivas de la acumulación, incrementa la marginación social y la pobreza e incluso amenaza con reducir el peso social y la cohesión de la clase obrera. El fundamento de esta actitud parece encontrarse en una insuficiente comprensión de las características del capitalismo periférico —un fenómeno común a la mayor parte de los intelectuales trotskistas o de origen trotskista, incluyendo a Ernest Mandel y excluyendo explícitamente a Pierre Salama— y en cierto ingenuo optimismo acerca de la posibilidad de una rápida recuperación de la economía capitalista y de la consiguiente próxima iniciación de una fase de reactivación signada por un profundo cambio tecnológico (para hacer justicia, hay que señalar que Ernest Mandel no sólo no participa de esta última ilusión sino que se ha entregado a la tarea de analizar minuciosamente el ciclo capitalista y sus conclusiones no conducen precisamente a esperar una reactivación inmediata con una plena incorporación de los avances de la revolución tecnológica) (10). Adolfo Gilly es un buen exponente de una posición poco crítica de las perspectivas de la modernización. Su

principal pecado consiste en no colocarla en el contexto del subdesarrollo de la relación entre el centro y la periferia y de la crisis mundial. (11)

Sin embargo, su posición se diferencia de la de otros intelectuales argentinos de origen marxista, que ya no sólo abstraen la modernización de la realidad de las relaciones entre el centro y la periferia sino de las relaciones de producción capitalistas, para remitirla al mundo de ensueño de Blanca Nieves, con sus hadas y sus milagros.

La aceptación pasiva o no crítica de la modernización oculta que ese fenómeno consiste, en primer lugar, en una reorganización del capital a costa de los asalariados y del patrimonio comunitario representado por los bienes y recursos del Estado, espléndidamente colocados a disposición de la gran burguesía nacional y extranjera. En segundo lugar, oculta que la reorganización del capital en los países periféricos representa una mayor integración al capitalismo mundial, pero que la lógica de la acumulación de los países centrales aplicada al Tercer Mundo agrava las limitaciones del capitalismo periférico (que tiene una estructura diferente al capitalismo central), el desarrollo combinado, las diferencias de ingreso y las desigualdades y, en definitiva, los males propios del subdesarrollo. La mundialización crea obstáculos a la reproducción ampliada de capital en el mercado interno. Si bien la incorporación de nueva tecnología y la modernización crean condiciones para mejorar la productividad, esos cambios se producen en el contexto de una relación con el centro caracterizada por el aumento de la deuda externa o la aceptación de programas de ajuste que, al limitar la capacidad adquisitiva del mercado interno, concentra los ingresos y restringe también la mejora de la productividad que eventualmente se podría obtener por el progreso técnico. La presión contractiva sobre el mercado interno no sólo proviene de los planes de ajuste o de los programas de estabilización, que se han hecho notablemente reiterativos o continuados, sino de la simple relación con el capital extranjero y de la ubicación de estos países en el intercambio mundial. La restricción del mercado conduce a una baja



utilización del aparato productivo y esa circunstancia lleva a la fuga de capitales o al desplazamiento de éstos hacia la especulación o las actividades terciarias no productivas y a un fenómeno continuado de alza de los precios. Este último se origina en el alto costo de los bienes de capital, determinado por la baja utilización de la capacidad productiva, que, a su vez, eleva los precios. El alto precio de los bienes de capital, por su parte, aumenta los costos de producción de otras ramas de la economía, que así se ve compelida a compensar parcialmente dichos costos con la aplicación de bajos salarios que reducen la demanda y contribuyen a agravar el problema, en una especie de círculo continuado sin salida. (12) La modernización viene acompañada por ajustes estructurales y monetarios que refuerzan la integración de la periferia bajo patrones similares e incorporan nuevos costos y exigencias que multiplican la presión contractiva sobre la demanda. El efecto depresivo más notable está dado por los servicios de la deuda externa, que, utilizada para capitalizar a la nueva burguesía nacional mundializada y para financiar las fusiones necesarias a la concentración del capital y el reordenamiento económico, ha sido una de las premisas básicas de la modernización.

### Una cierta autonomía

El problema consiste, por consiguiente, en aceptar que se debe modificar el sistema productivo en dirección a las pautas marcadas por el sistema mundial en un esquema de integración que obliga a ganar espacio para las actividades de exportación, y al mismo tiempo, en producir de una manera **no completamente subordinada** a los cambios introducidos en la acumulación de capital en el centro sino a las exigencias de la acumulación interna. ¿Qué significa esto?

En primer lugar, la modernización es un requerimiento del capital financiero internacional. La participación en el sistema mundial implica lisa y llanamente la aceptación y el reconocimiento del dominio del capital financiero sobre el mercado mundial. Esta no es una declaración dictada por la voluntad sino un reconocimiento de la realidad.

Así como no se pueden modificar los precios de los cereales o del petróleo, tampoco se puede modificar aquel principio general que se hace sentir día a día sobre **todos** los países periféricos, sea cual fuere su régimen político.

Si el objetivo es obtener un sistema nacional de acumulación autocentrada, que puede definirse por aquella situación en que las relaciones exteriores están primordialmente sometidas a las necesidades de la acumulación interna —tal como sucede en la actualidad de un modo general con los países capitalistas y socialistas industrializados—, hay que reconocer que ese propósito no se obtiene por decreto ni por el simple concurso de la voluntad sino que requiere un período de transición con un punto de partida.

En ese período de transición, la acumulación interna dejaría estar **completamente** subordinada a las necesidades de la acumulación en el centro, aunque el aparato productivo no permitiera todavía subordinar las relaciones económicas con el exterior a las necesidades de la acumulación interna.

En el interín no sólo se podría aspirar a que la acumulación interna no se encuentre completamente subordinada a las necesidades de la acumulación en el centro. Se acepta el sistema mundial, pero se empieza a relativizar su influencia sobre la acumulación interna. Se gana un cierto margen de autonomía que se trata de ampliar en forma ininterrumpida con el objetivo de llegar a un modo de acumulación autocentrado. Este modo de acumulación autocentrado no es, tampoco, un modo autárquico. El sistema sigue siendo mundial, pero la acumulación autocentrada permite participar en ese sistema en condiciones de relativa igualdad y no de evidente subordinación, aunque la mundialización también aumenta la jerarquización en la cúspide y concentra la hegemonía.

La modernización tampoco es un fenómeno económico sino un proceso social muy complejo. Si la modernización implica un avance en la mundialización de la economía, es porque existe una burguesía mundial en formación que tiene como eje fundamental a las burguesías más concentradas de los países centrales, pero que incorpora tam-

bién, en un nivel jerárquico inferior y de manera subordinada, a las burguesías más concentradas de la periferia, que encabezan el proceso de modernización en los países subdesarrollados. Estas burguesías nacionales

periféricas incorporadas a la modernización tratan que el Estado nacional al que pertenecen apoyen la modernización, transfiriéndoles recursos desde el sector público y organizado a la sociedad para la nueva economía.

### Modernización y clase obrera

En el otro extremo, también se extiende la internacionalización de la fuerza de trabajo, a medida que los trabajadores del norte de África y del sur de Europa se incorporan a los mercados laborales de las naciones avanzadas de Europa Occidental y que los trabajadores mexicanos y del Caribe transponen la frontera estadounidense. Se discute si la modernización o el avance tecnológico desplazan obreros de las fábricas, (13) pero la respuesta no puede ser unívoca. Desde el punto de vista de sus consecuencias políticas no es tan importante discutir si todos los asalariados pueden ser considerados proletarios o si, mediante este procedimiento, se puede conservar el peso cuantitativo de la clase obrera. Importan las funciones de los diferentes tipos de asalariados, porque ellas determinan comportamientos sociales diferentes.

Es casi seguro que la revolución tecnológica en marcha no va a producir la desaparición de la clase obrera. Los trabajadores desplazados por robots o por procesos automáticos de producción reaparecerán como trabajadores en otras ramas de la economía, pero —en medio de la crisis— esa movilidad de la mano de obra desplaza del mercado a los trabajadores menos calificados y a los jóvenes, que engrosan las filas de los desocupados y en muchos casos los margina. Seguramente el desplazamiento del mercado será menor cuando se inicie un proceso de expansión de la producción, pero nadie sabe cuando llegará a su fin la presente onda larga recesiva mundial. Por otro lado, para cada país en particular, la magnitud del empleo, la reconstitución del salario y la cali-

dad del trabajo dependerá del lugar que ese país ocupe en la división internacional del trabajo.

La crisis y las consecuencias de una posible reorganización del aparato productivo estarán en relación con las transformaciones operadas en este período de reordenamiento, porque no es lo mismo una fuerza de trabajo masivamente empleada en servicios improductivos destinados fundamentalmente al consumo personal, que una fuerza de trabajo destinada a las fábricas modernizadas y de alta productividad o a los servicios productivos vinculados con la nueva estructura de la industria y de los transportes y las comunicaciones, tanto por el monto de sus salarios como por su posible grado de organización y su acceso y conocimiento a las palancas fundamentales del poder económico.

Ya se sabe que mientras un país desarrollado utiliza una parte creciente de los asalariados en servicios productivos, que dan lugar a altos salarios y mejoran la productividad media de la economía y el nivel de vida, los países periféricos utilizan una gran parte de esa fuerza de trabajo en actividades terciarias improductivas, verdadera desocupación disfrazada que oculta también un bajo nivel medio de productividad y un reducido nivel de vida. Los partidos obreros y populares deberán luchar por más empleos y más elevados salarios y por la orientación de la industria y los servicios hacia ramas de alta productividad. Deberán tener, en fin, una política sobre la modernización, porque no es lo mismo el nivel de vida, el salario, la organización sindical, el tejido social y las posibilidades de un eventual proceso revolucionario en Uganda que en Bélgica.

Queda, finalmente, el problema político de cómo encuadrar la cuestión de la modernización en la Argentina. La situación óptima, que de cualquier manera se debería reflejar en los partidos socialistas, sería un programa de los trabajadores para la reestructuración industrial. Pero, en cierta medida, eso no dejaría de ser un paradigma.

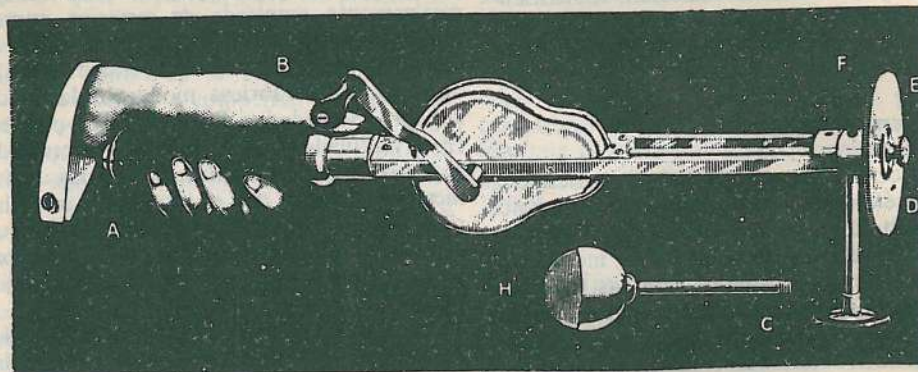
Si se toma en cuenta la situación política del país, habrá que concluir que los trabajadores y sus partidos necesitan aliados, porque no tienen una fuerza abrumadora para



## MARAVILLOSO APARATO DE MASAJE VIBRATORIO CURA INFINIDAD DE ENFERMEDADES

Muy usado por las Señoras y Señoritas

para hacer ejercicios de gimnasia pasiva, así como para hermohear el rostro y corregir las imperfecciones de las formas.



Una sola aplicación alivia : : :  
Una serie de aplicaciones cura

encarar por su cuenta la reorganización de la sociedad. Sin embargo, una parte creciente de la sociedad empieza a comprender, a pesar de la propaganda oficial, que hay que seguir una política diferente a la impuesta por la lógica del gran capital nacional e internacional, porque la política de aceptar todo, de creer que cualquier otra cosa es imposible, está conduciendo a prolongar la decadencia y a no resolver los problemas fundamentales del pueblo. También se empieza a comprender que esta solución no es técnica sino que depende fundamentalmente de la conciencia política, de la madurez de las luchas sociales y del eco que se pueda obtener en el resto de América Latina y del mundo.

Para empezar a solucionar esos problemas hay que reunir en un bloque político a la mayor parte de la sociedad, para romper los nexos que existen en la actualidad con el sistema mundial y que suponen una integración pasiva. El propósito inicial sería introducir cierto grado de autonomía en la relación de integración con el sistema, que se irá ampliando hasta desarrollar aquellas activi-

dades que permitan el aumento de la productividad, de la acumulación, del bienestar general, del empleo, y del desarrollo de industrias seleccionadas de punta, junto con un programa de solidaridad social destinado a resolver el problema de la marginación y la desocupación. El objetivo económico de largo plazo será obtener una economía integrada pero autocentrada, sobre la base de grandes reformas internas. Será inevitable que, en el transcurso de esa lucha y por la implantación de esa política de modernización, haya distintas corrientes que se disputen la dirección del proceso, a partir de sus compromisos con clases sociales diferentes. En ese proceso, las corrientes socialistas deberán levantar su programa, que al principio tendrá sólo un carácter paradigmático pero que en el desarrollo de la lucha política por las transformaciones, dentro del bloque que se dedica a emprender el camino de una mayor autonomía, tendrá que empezar a transformarse en una posibilidad cierta de reconvertir a fondo la actividad productiva, reformar el sistema de trabajo y

de gestión en favor de una mayor democracia obrera y de encarar las cuestiones inherentes a la propiedad privada que son inseparables de todo programa socialista. Vale la pena señalar que el concepto de la modernización es imposible de separar de cualquier proceso de transformación que se realice en medio de la presente crisis mundial y de los cambios tecnológicos en marcha. Debe quedar claro que el beneficio de los trabajadores está del lado del desarrollo de la productividad, que es sinónimo de mejor nivel de vida, siempre y cuando no esté exclusivamente ligado a la lógica del capital. Entre otras cosas, esto significa que los trabajadores, para evitar o limitar las dramáti-

cas consecuencias que arroja sobre ellos toda reorganización capitalista, no deben dejarse arrastrar por alianzas o programas que propongan eludir los procesos de modernización y que se comprometen con la organización productiva del pasado, porque si triunfara alguna propuesta política de ese tipo, terminaría por generar un proceso inflacionario y una crisis social que cobraría sus mayores víctimas precisamente entre los trabajadores y se terminaría imponiendo un sistema político retrógrado, apoyado por las fuerzas sociales más conservadoras del país, vinculadas a los militares del genocidio y a la Iglesia de la represión y el oscurantismo.

### Notas.

- (1) - Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*. (El Capital. Cuaderno IV), pág. 360. Siglo XXI, 10 ed., México, 1978.
- (2) - Karl Marx, *El Capital*, Libro tercero. Tomo III, Vol. 6, Siglo XXI, 4ta. ed., México, 1980.
- (3) - Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, Ed. Tecnos, pág. 337, Madrid, 1963.
- (4) - Samir Amin, *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, Siglo XXI, México, 1979, y *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Ed. Fontanella, Barcelona, 1974.
- (5) - León Trotsky, *Lecciones de Octubre*, Obras, Tomo 18, pág. 15, Juan Pablos Editor, México, 1974.
- (6) - Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, pág. 3, Siglo XXI, Madrid, 1986.
- (7) - Fidel Castro, *Cuba. La situación internacional. Informe al 3r. Congreso del PCC, Febrero de 1986*, págs. 118 y 119, Ed. Anteo, Buenos Aires, 1986.
- (8) - Samir Amin, *Una vía allo sviluppo ma lontana dall'impero*, Entrevista de María Vittoria de Marchi, *Rinascita*, Roma, 3 de agosto de 1985, págs. 32 y 33.
- (9) - Samir Amin, *Samir Amin veut déconnecter le Tiers-Monde*, Entrevista de Violette Deboy, *Croissance des jeunes nations*, 282, abril de 1986, págs 16 y 17. Se refiere al libro de reciente aparición. del autor, *La déconnexion. Pour sortir du système mondial*, Ed. La Découverte, París, 1986.
- (10) - Pierre Salama, *Le procès de sous-développement*, Maspero, Paris, 1972. Ernest Mandel, *Mini-récession ou récession prolongée*, Imprecor, 1986.
- (11) - Adolfo Gilly, *El traslado de la caital a Viedma. La marcha hacia el sur. El Periodista*, Buenos Aires, núm. 85, 25 de abril al 1 de mayo de 1986, págs. 12 y 13, y *Nuestra cida en la modernidad*, Nexos, México, nú. 101, mayo de 1986, págs. 21 a 32. Los fundamentos de la modernidad entendida según este autor se encuentran en José Valenzuela Feijóo, *El capitalismo mexicano en los ochenta*, Ed. Era, México, 1986. El prólogo de este libro es de Adolfo Gilly.
- (12) - Pierre Salama, op. cit., véase especialmente cap. III, pág. 141 en adelante.
- (13) - Julián Lemoine, *Acumulación del capital y clase obrera, Confrontación*, núm. 1, Buenos Aires, setiembre de 1986.



# Modernización, lógica dialéctica y epistemología

\* ANTONIO BERTHELON

1. El análisis de los diferentes problemas que afectan a un conjunto, no siempre otorgan un resultado capaz de apreciar su propio perfil, en el estadio de ser transformado. Tal vez la composición del conjunto no sigue resultando equívoca, en los casos que la profundización del análisis permita diferenciar sus elementos constitutivos entre sí, pero dicho estado de cosas (1) es evidentemente insuficiente. Se hace necesario establecer cuáles son las relaciones e interrelaciones que van generando en su desarrollo los componentes diferenciados, para así encontrar la fuente de un contorno definido y su evaluación crítica con respecto al contexto que le es inherente. Si proyectamos esta hipótesis a la idea del cambio social, entendiendo como tal cualquier alteración del marco teórico (2) aceptado (3) del esquema societal, en cualquier grado de agudización de su espectro de posibilidades, diríamos que el examen prioritario debería radicarse en la calidad tipológica del elemento constituyente el cual se expresará en su relación, de acuerdo al grado de alterabilidad de su propia conformación. Por cierto que la idea se traduce empíricamente que dicho cambio social bajo la forma referida, puede tener diversas expresiones de contenido desigual e, incluso, contrario. Si observamos el fenómeno de definición del conjunto en el presente, podremos

\* Epistemólogo, economista y sociólogo

atender en cuanto a la calificación del cambio, primero en su necesidad histórica y segundo, en su naturaleza, es decir, si representa un retroceso, un estancamiento o un progreso. De allí que el cambio social resulta controvertido como tal, a pesar de su definición excluyente (no puede haber cambios sociales en dos direcciones contrarias simultáneamente), pero no correlativa. Desde este punto de vista, habría que admitir que el estado de cosas puede traducirse en cada situación de cambio societal por la correlación indistinta de categorías regresivas, de estancamiento o progresivas. No obstante, la proposición sigue siendo descriptiva hasta no encontrar las caracterizaciones de su relación e interrelación, único elemento que está en condiciones de establecer una dinámica específica. En este caso se trata de la definición de la interacción de los agentes del cambio societal. Si tomamos como instrumental de interpretación, por ejemplo, la concepción granciana del Estado (4), deberíamos decir que, estructuralmente, el "cambio social" dependería del conflicto provocado por la contradicción entre la sociedad civil y la sociedad política (5). Y de una manera general (no estructural) del intelectual colectivo (6) en su connotación de vanguardia (partido-programa como tal y resultado de la contradicción entre la teoría y la práctica). Se puede desprender, en-

tonces, que, indistintamente, el cambio societal de que se trate podría estar originado por la sociedad política o la sociedad civil. Solamente no funcionaría la contradicción si fuera coincidente el proyecto de ambas sociedades (7). En los dos casos restantes, se provocarían distintos tipos de contrapolarización. Con el ejemplo de un proyecto de cambio desde la sociedad civil hacia la sociedad política, el cambio es susceptible de ascender hasta llegar a provocar la caída del marco teórico de la sociedad general (caso de la revolución), naturalmente si todo ello es consecuencia de las variables dialécticas que incidan sobre el producto. Por otra parte, con el ejemplo en que el proyecto de cambio se origine en la sociedad política sobre la sociedad civil, el cambio es dudoso como tal, pues será resistido por la sociedad civil en toda su estructura, es decir, hasta lo más profundo de sus límites. Por lo general, los métodos y situaciones que se desprendan del hecho concreto, tanto en el contenido del proyecto como en el recurso de su imposición, serán los determinantes en el grado de conmoción en la base de la sociedad por resistir la implantación. Tanto la coerción, de una parte, como el grado de desobediencia civil, por el otro, serán también elementos determinantes en el resultado del acontecimiento. Es necesario anotar, que la causal de enfrentamiento entre ambas sociedades por una iniciativa de la sociedad política sobre la sociedad civil, no es puramente apriorística, sino, en el fondo, hay un problema de enfrentamiento de intereses de hecho (8), pues la sociedad civil sería capaz de generar su propio proyecto para sí misma y en el caso de funcionar como tal, la sociedad política pasa a ser una proyección más de ésta, vinculada por los vasos comunicantes del intelectual colectivo.

Por cierto que cada una de estas situaciones depende del grado de avance del conflicto existente entre ambas partes de la sociedad, el cual depende, a su vez, del grado de agudización de la lucha de clases antagónicas por su irreconciliabilidad de intereses, la calidad de las estructuras que se generen por esta misma causa y la conciencia colectiva que se proyecte coincidentemente con los otros factores. En muchas oportuni-

dades, es posible que la iniciativa de la sociedad política no encuentre la resistencia necesaria para cancelarse, pero sí puede llegar a perder algunos o varios objetivos presumidos. Se comprende así, que no habrá jamás una estructura tipo que pueda ser aplicable, pues las variables que compongan el fenómeno siempre serán diferentes y en su conformación como un todo darán también un resultado diferente. En todo caso, la apariencia y esencia del problema transcurre a partir de la abstracción de la categoría del cambio social, que sólo implica la idea de la sustitución de uno o varios de sus elementos constitutivos con sus viejas y nuevas formas de relacionarse e interrelacionarse entre sí, hasta su resultado concreto donde a través del contenido de la necesidad histórica y la naturaleza del cambio, podrán realizarse las sustituciones de dichos elementos constitutivos, el nuevo establecimiento de sus relaciones e interrelaciones y el efecto notorio que debe lograrse en el seno de la sociedad.

Para continuar la idea, habría que reafirmar el estado de cosas con referencia a la tipología del cambio en razón de su valencia polifacética. En un primer caso está el grado de intensidad del cambio, el cual provocará una mayor o menor alteración en sus efectos sobre las formas de relación. En un segundo caso es el origen y destino del objetivo, si se trata de un cambio que se "imponerá" desde la sociedad política sobre la sociedad civil, se ajustarán todos los tipos de relaciones sobre la instancia de intereses precisos que van en detrimento de los también intereses precisos de la sociedad civil en relación con el aspecto incidente de que se trate. Y por cierto el efecto será resistido de forma inmediata, progresiva o mediata. Ello dependerá del carácter paralizador (regresivo o de estancamiento) de la medida y de la generación de facto (cualquier forma fuera de la instancia aceptada para obtener la ley) que pueda tener o de desajuste moral entre los representados y los representantes, por carencia de revocación.

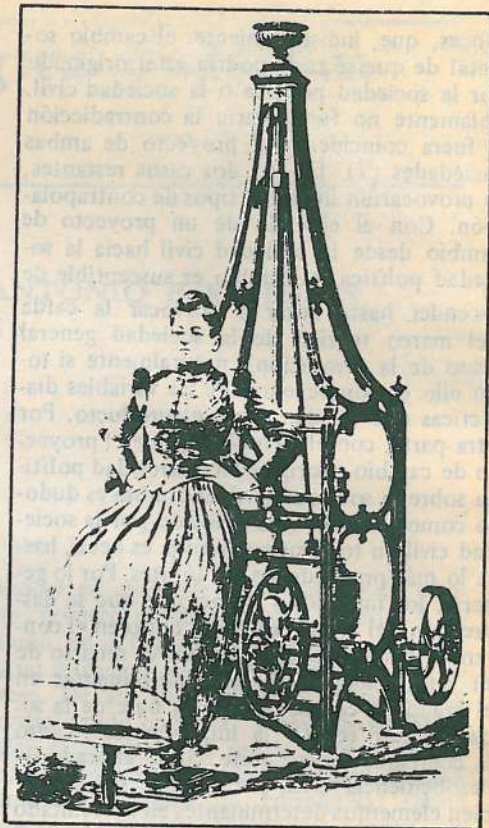
Indudablemente podría decirse que la representación empírica del problema traerá como primera consecuencia una modificación del conflicto, su complejidad crecerá en la misma medida que son lesionados los



intereses de los afectados, que por estar al interior de la sociedad civil (de acuerdo a nuestro ejemplo) tendrán una mayor expansión y facilitará las formas de organización y, sobre todo, el incentivo del conciente colectivo. De todas maneras, lo que en buenas cuentas es útil para el análisis será siempre el nuevo aspecto del conjunto, de la sociedad en toda su dinámica, como una expresión distinta a la precedente.

2. Siempre que se discute sobre el tema de la "modernización", se entienden muchas cosas diferentes. Indudablemente la primera cuestión es identificarlo en un contexto determinado, el que pareciera ser un ámbito de las ciencias sociales. Específicamente, pudiera estar, más que nada, como un argumento político. Y cabe señalar que viene de muy antiguo, pues son muchas las épocas pasadas donde se intentó modernizar.

En las ciencias naturales y su amplia derivación y en la tecnología, también está expresado el mismo término, pero valga anotar, casi siempre en un sentido crítico (9). Tal vez la expresión más acabada de dicha crítica, fue en las primeras décadas del siglo, cuando Charles Chaplin compone su film "Tiempos Modernos", con un contenido de demoledora ironía (10). Probablemente sea esta modernidad la que nos preocupa, pero entendiéndola como un efecto de una causa que arranque mucho más profundo en la sociedad de los últimos tiempos. Desde cualquier punto de vista que se origine el análisis, tendremos que aceptar que el concepto encierra la idea de un "cambio", en el más puro sentido de la transformación. Vale decir, existe algo "antiguo" con lo que se rompe, y en su lugar se establece algo nuevo, que en relación a la aceptación de terceros, resulta "moderno". Sin embargo, pese a todas las precisiones, el término, concepto o categoría, deviene ambiguo, poco preciso, demasiado general. Incluso si damos las precisiones del caso y pensamos que nos ubicamos en un contexto económico, sociológico y político, aún quedarían muchas cosas que no podrían determinarse con exactitud. La verdad que la única alternativa de reencontrarse con la "modernización" es volver la mirada a la historia reciente, cuando también se habló de ella



MÁQUINA PARA ENDEREZAR LAS PERSONAS MAL FORMADAS

como un efecto de la realidad misma. Sin ir mucho más lejos, el 6 de diciembre de 1977, en el diario "La Opinión" de Buenos Aires, el entonces ministro Martínez de Hoz, decía textualmente: "Hemos dicho que la función del Estado es subsidiaria a la del sector privado; el acento hay que ponerlo en la empresa privada como centro y motor de toda la economía moderna. Es importante decir que, dentro de esto, el Estado conserva la orientación general de la economía y los grandes instrumentos o palancas de acciones económicas, como ser la política monetaria, crediticia, fiscal y cambiaria".(11). Lo cierto que aquí ya hay un concepto al vincular la economía moderna con la empresa privada como centro y motor. Es más que rotunda la afirmación. Tendremos que pensar que obligatoriamente

antes de la declaración del ministro las cosas eran al contrario de estas nuevas políticas, propias de la "economía moderna". Lo más probable es que la diferencia se manifieste en que se termina con la nivelación, a través del subsidio estatal, de los sectores menos dinámicos de la economía, como la mediana y pequeña empresa (12). El resultado de esta práctica, opuesta a la "modernización", se advertía a través del mantenimiento y desarrollo de empresas públicas altamente deficitarias, políticas de pleno empleo absorbiendo el Estado gran porcentaje de los desocupados, financiamiento a tasas negativas de interés y una alta protección arancelaria (13). La expresión más profunda de esta política se advirtió en la parte final del gobierno peronista, que en razón de las circunstancias anotadas el presupuesto fiscal alcanzó a un 19%. La verdad que entonces, el punto central de la "modernización" era terminar con el presupuesto fiscal desfinanciado en menos de su quinta parte terminando con la "plaga" de subsidios estatales y haciendo "saludable" la economía. Por cierto que esta intención, si sólo tomamos en cuenta las medidas de favorecer las importaciones a través de las modificaciones de los aranceles aduaneros y la privatización de la empresa estatal, significaba la industrialización del país y la marginalidad de un gran número de trabajadores que perderían sus puestos de empleo, así como el encarecimiento de las mercancías propios del consumo más popular. El Secretario de Comercio, Alejandro Estrada, en la Revista "Somos" de Buenos Aires, en su ejemplar del 24 de noviembre de 1977 dice: "... la irracionalidad o la incredibilidad de algunos no nos hará modificar el camino trazado; por primera vez en muchos años vamos a la estabilidad con competencia. En nuestro país hay una vieja y perniciosa costumbre, la de pedir que las políticas monetarias, arancelarias y cambiarias, se adapten a las costumbres privadas parciales. Ahora deberán entender todos que es la empresa la que debe adaptarse a la política económica nacional, y no a la inversa; tarde o temprano tendrá que adaptarse, no les queda otra alternativa" (14).

Como puede verse, una fría sentencia de muerte a la modesta empresa interior que no

podía competir con la empresa doblemente subsidiada del exterior; primero el subsidio interno de su economía de origen y luego el subsidio del país de consumo a través de la abstención de la tasa arancelaria. Pena de muerte también a la actividad laboral de dicho sector empresarial y de la gran empresa estatal, la cual debe sufrir la "modernización" a través de una dudosa racionalización que se afectada fundamentalmente por la así llamada "reducción del personal". Los cesanteados pasan a ser los nuevos adaptados a la política económica nacional. Para el país significa el proceso de desmontaje de la industria afectada, la cual no representa interés alguno a la política económica nacional. Justo un mes más tarde de esta declaración, el 24 de diciembre de 1977, en la misma publicación porteña, el ministro Martínez de Hoz declara "La Argentina cuenta con una rápida capacidad de reacción que le otorga en forma masiva su ciclo agrícola. Por eso utilizamos la agricultura como punta de lanza para la recuperación" (15). Evidentemente el lineamiento político de la economía está clarificado. Desmontar la industria e incentivar la agricultura como alternativa de "recuperación económica". Lo cierto que dicha "recuperación" a través del método explicitado carece de la menor correspondencia. Más bien la situación tiene un sentido si a esto lo denomináramos "modelo de acumulación". Por cierto existen muchas otras formas de recuperación para el caso histórico que comentamos, y que bien pueden ser las medidas contrarias a las que se tomaron en relación a la política económica del ministro Martínez de Hoz, pero se trataba de "modernizar" la economía del país, "modernizar" a través de la falta de trabajo para el obrero fabril, el empobrecimiento de las capas medias y la desindustrialización del país contra la acumulación como efecto de la renta del suelo por el favorecimiento de los precios agrícolas netos para los agricultores. Si bien es cierto hasta ahora sigue siendo el concepto "modernización" una enorme abstracción, estos signos concretos pueden darnos una versión empírica del problema.

Especialmente si tenemos a la vista los resultados de dicha política y los ordenamos con

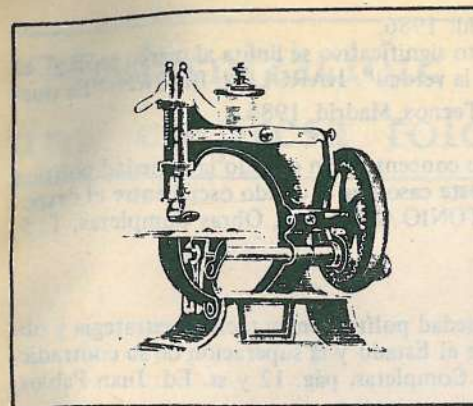


sus principios, es todavía más elocuente la experiencia vivida. Asimismo, el modelo de competencia pura en el mercado se transforma en la realidad en la competencia insostenible del sector nacional con el sector proveniente de las importaciones, que como dijimos, en una gran parte de los casos ingresa ya subsidiada y vuelve a salir favorecida por las medidas de desprotección aduanera. Es claro que no puede afirmarse que todos los modelos de "modernización" son iguales, pero los ejemplos anteriores de las economías periféricas donde el fenómeno se ha dado nos demuestra que nada se moderniza, que hay una violenta caída del parque industrial por pequeño que éste sea, que se acelera la caída del salario real, que aumenta la desocupación y que se depura la concentración del capital a través de un ajustado modelo de acumulación.

3. Podríamos estimar que en nuestra interpretación la "modernización" ha tenido y sigue pretendiendo tener un carácter de cambio social. Si atendemos que el receptáculo de sus modificaciones recae sobre el conjunto de la sociedad civil y que en cada uno de sus estamentos hay un efecto similar, podríamos también pensar que el objetivo se trata de una imposición de la sociedad política en que en el pasado se llegó a la aplicación del poder coercitivo para imponerlo. Se encuentra entonces el ejemplo clásico. La sociedad civil se resiste a las medidas que se derivan del cambio, pero carece de los medios de expresarse con resultados positivos frente a la instrumentación utilizada para imponer el sistema. Cambia el poder adquisitivo, cambia la relación empleo-desocupación, cambia el nivel de rentabilidad del capital industrial. Todos ellos cambios negativos que afectan los elementos constitutivos del conjunto societal. El cambio, llamado "modernización", es entonces un cambio del sistema de acumulación, porque en un sentido positivo cambian los montos productivos de la renta del suelo y sus infraestructura industrial de equipamiento y maquinaria. Es cierto que no puede afirmarse que la situación de hoy es la misma que la que se dio en tiempo de la pasada "modernización" y que esa pasada no fue igual a la an-

terior, pero el deterioro económico de la situación presente llama a reflexionar sobre el pasado. Y es que hoy también se habla de "modernización", de la misma forma como se habló antes aquí y en otros países, es decir, como una forma de satisfacer ciertas exigencias del Fondo Monetario Internacional. En el año 1978 dicho organismo internacional demanda que el déficit fiscal no supere el 1% del producto interno bruto (16). En la actualidad la revista "U.S. News & World Report", en su edición del 19.01.86, expresa: "A la Argentina aún le queda mucho por hacer. . . Los E.E.U.U. quieren que el país reduzca el sector público, quite las barreras comerciales y se abra a la inversión extranjera. . . las empresas se quejan por los impuestos que ayudaron a recortar el déficit del gobierno. Se está extendiendo el aumento de precios, los poderosos sindicatos argentinos que paralizaron o retardaron los servicios de bancos, hospitales, correos y aeropuertos durante estas últimas semanas, están clamando por aumentos. Si los salarios empiezan a subir rápidamente, de nuevo podría perderse el progreso logrado en meses recientes. . .". La recomendación es elocuente, actual y si bien no viene del Fondo Monetario Internacional directamente, el origen debe ser muy parecido, ya que la "doctrina" del procedimiento es casi igual. No se habla tampoco de "modernización" pero pareciera ser el instrumento adecuado para la imposición de los referidos criterios que se enumeran tan claramente.

Es éste el punto que deja clara la relación de dependencia, y que en buenas cuentas otorga el toque final para completar el cuadro de la problemática. Se trata de un cambio que pretende alterar las normas del sistema para facilitar el establecimiento de un proyecto muy antiguo, pero alternativo al actual, donde los objetivos convergen a las políticas de un modelo externo, generalizado, que permite la imposición de otras normas desde la sociedad política hacia la sociedad civil, a fin de definir un modelo de acumulación clásico de la periferia. Desde un punto de vista teórico tenemos una imposición hipotética estructural, cuyo efecto desconocemos "a priori", pero que en la



práctica se traduce por el debate oficialista de incorporar las empresas fiscales al sector privado, por el abandono en que se ha dejado a las empresas estatales de los servicios, por la política monetaria, por la caída del salario real, por el aumento del desempleo, por el aumento de los precios de primera necesidad, por la profundización de la inflación y por muchos otros síntomas de un serio desequilibrio económico. Tampoco en este punto podríamos decir que la situación es la misma que en los períodos anteriores que se invocó la "modernización" como un medicamento eficaz a la economía, cada elemento actúa con su propia dinámica de los tiempos y eso es suficiente para diferenciarla, pero sí podríamos hablar de una innegable analogía, más todavía si llegamos a conocer las presiones exteriores y, sobre todo, la reacción interior a esas presiones exteriores. Estamos ante un caso similar, donde la experiencia histórica fue profundamente negativa.

Lo que falta por conocer en este conjunto es la respuesta del intelectual colectivo. Si de antaño se trata, bien conocemos las consecuencias de su reacción y de los hondos problemas que le trajo. Esto, tratado de una manera muy general. Bien es conocida la enorme complejidad de la correlación política del país, especialmente en el período

del régimen pasado. Si hablamos de un intelectual colectivo de la manera que lo imagina Gransci y bajo las estructuras peculiares que tuvieron que darse, indudablemente tendríamos que afirmar que éste no constituía una unidad, que no se desarrollaba como un solo elemento homogéneo. Al contrario, tendríamos que decir que estaba segmentado y que su actividad era segmentada en relación a su vínculo con la sociedad civil. El carácter de sus relaciones con el poder constituido, es decir, con la sociedad política, era violento y de franca guerra desarrollada con diversas intensidades de acuerdo a los diferentes períodos que tocó vivir.

Valga señalar que no sólo durante esta época se torna difícil el perfil exacto del intelectual colectivo. También lo fue como una característica de toda la historia contemporánea de la sociedad civil argentina. Y, por cierto, hoy no es una excepción. Decididamente no es suficiente con experimentar que hay un parque oficialista y otro de oposición. Es también necesario reconocer dónde se ubican los segmentos de dichos sectores en la sociedad y la sociedad política, como también es necesario conocer el grado de representatividad actual de la delegación política de la sociedad civil. Todas éstas son las interrelaciones indispensables de reubicar en un ordenamiento adecuado al conocimiento exacto del encuadre societal.

En todo caso, **tanto la presión interna como la presión externa de un cambio traducido en un proceso de "modernización", tendrá que originarse en la sociedad política y su carácter no podrá ser sino regresivo**, en analogía a las experiencias anteriores y las situaciones parecidas en otros países de rasgos como el nuestro. La relación entre el intelectual colectivo y sus formas de definición, como el grado coercitivo con que se implanten las perfectibilidades hacia el cambio no deseado de la sociedad civil, dependerá de su grado de desarrollo e intensidad con que se inserten en una situación como tal.

#### Notas:

(1) " . . . un estado de cosas es una cosa que es tal que puede haber alguien que la acepte, es decir, son en realidad "PROPOSICIONES": RODERICK M. CHISHOLM. "Teoría del



conocimiento, cap. 5, pág. 108, ed. Tecnos, Madrid: 1986.

(2) "... pero tanto en el ámbito del conocimiento significativo se limita al marco teórico, el cual subsiste mientras siga vigente el conjunto de la verdad": HAROLD I. BROWN. "La nueva filosofía de la ciencia", cap. 10, pág. 194, Ed. Tecnos, Madrid, 1986.

(3) Cfr.

(4) "Los estados modernos tienden al máximo de concentración cuando la sociedad política subordina a la sociedad civil, podríamos decir en este caso que el estado oscila entre el despotismo central y su completa disgregación": ANTONIO GRAMSCI, Obras Completas, T. 5, pág. 198. Ed. Juan Pablos, México, 1977.

(5) Cfr.

(6) Cfr.

(7) "La conciencia de la sociedad civil con la sociedad política en su táctica, estrategia y objetivos, es la realización de la sociedad civil sobre el Estado y la superación de su contradicción antagónica": ANTONIO GRAMSCI, Obras Completas, pág. 12 y ss. Ed. Juan Pablos, México, 1977.

(8) "... podríamos decir que un hecho es una proposición verdadera. Por tanto, no hay ningún problema acerca del sentido en que puede decirse que las proposiciones verdaderas 'corresponden a' los hechos. Corresponden a los hechos en el sentido más amplio posible, ya que ellas son hechos". Id. 1, pág. 109.

(9) Id. 2, pág. 49.

(10) El film de Chaplin aquí referido atiende a una ácida crítica sobre el "taylorismo".

(11) Cit. por Alberto Spagnolo y Oscar Cismondi en "Argentina: el proyecto económico y su carácter de clase" en Rec. "La década trágica", pág. 47, Ed. Tierra del Fuego, México, 1984.

(12) Cfr.

(13) Cfr.

(14) Cfr.

(15) Cfr.

(16) Cfr.

(17) Cfr.

## "Modernización: una empresa tolerante?" (\*)

\* LILIANA HERRERO

### INTRODUCCION

Si acordamos "en que las pretensiones universalizantes engendran en sus sueños, los monstruos del totalitarismo", deberemos suponer que las empresas democráticas — entendidas como ejercicio y práctica tolerante de las diferencias — no contienen tales pretensiones. Precisamente el pluralismo en los gobiernos democráticos, es mencionado reiterativamente como modo de señalar la posibilidad del disenso y la diferencia. La tolerancia se transforma así casi en la "condición de posibilidad" de la democracia.

Sin embargo, alguna sospecha nos invade y se nos hace patente, cuando se nos convoca a participar en la realización de determinadas empresas presuntamente democráticas. La apelación a modernizarnos es una de ellas.

Salta a la vista entonces, que aparecen en estas categorías diversos sentidos y que si bien se apela a ellos desde una supuesta univocidad, nada indica que podamos quedarnos en el reducto tranquilizador del concepto, el cual opera como "máquina niveladora de la diferencia". A modo de ejemplo podríamos decir que el mismo término "democracia" se nos torna problematizante. Nada asegura que al decirlo estamos hablando de lo mismo, por el contrario, solemos oír por ahí que este gobierno no

es una "democracia plena", sino que más bien se inscribe dentro de las llamadas "democracias transicionales", y esta distinción no haría más que llevarnos a otro tipo de cuestiones que son propias de las teorías políticas, de manera que nuestra actitud será la de alejarnos de las nivelaciones conceptuales. Refiriéndose a este mecanismo dice Chatelet: "... El empleo del término libertad... es una perfecta ilustración de lo que digo. Los que lo utilizan no solamente se abstienen de darle la menor consistencia, si no que además lo presentan como una solución. A lo sumo se proclaman sus guardianes o defensores... se supone que su auditor sabe de lo que se está hablando...

Todos sabemos lo que quiere decir libertad. Y ya está. El concepto quedó escamoteado: no se le reconoció como lo que es: un haz de preguntas, en ningún caso una respuesta..." (1)

Como por otra parte — y en este caso contrariando a Hegel — estamos convencidos que la filosofía no tiene por qué llegar tarde sino que, por el contrario, su práctica es beneficiosa para el debate y el esclarecimiento, en la medida en que se instala como un discurso que escudriña, sospecha y no acepta obviedades. Le daremos, por lo tanto un lugar privilegiado en el despejamiento de esta apelación que, irremediadamente, nos hace reflexionar en la "cuestión de la

(\*) Ponencia presentada en el Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales del Pto. Gral. San Martín en nov. 1986.



Nación” en la medida en los grupos dirigentes han tenido la pretensión permanente de fundar y refundar un “país moderno”. Sin duda, este privilegio supone el abandono de ciertas concepciones en donde la filosofía se erige como una actividad pensante, como una función de pensar que, en su soberbia puede prescindir de la estructura histórica donde está necesariamente complicada. Si, por el contrario logramos que el interrogar filosófico circule, se disperse y pierda esa especificidad ascética que le confirió la teología y la metafísica, entonces podremos con él esforzarnos en el desciframiento de los códigos políticos, los cuales interpelan ordenadamente a la sociedad. Precisamente, respecto a esta cuestión, dice Grisoni: “... La racionalidad de un sistema de orden dado, ya se lo tome desde el punto de vista político, social, económico, de hecho desde cualquier punto de vista, es racionalidad de cierto poder, o, para decirlo de otro modo la racionalización del poder”.

(2). Chatelet observa en la obra citada anteriormente, la relación de conjunto que mantienen los discursos filosóficos y políticos y dice: “... La filosofía, como modo de expresión (entre otros), posee un arraigo en datos históricos pertenecientes a las sociedades... La historia de la filosofía no es, pues una esfera autónoma de la historia: es indisoluble de una historia de las ideologías, al mismo tiempo que de una historia de las sociedades y sus transformaciones... la filosofía ha ocupado a menudo una posición estratégica en los debates intelectuales y ha llegado a desempeñar de ese modo un papel político eminente... desde Platón los filósofos siempre han sido hombres “comprometidos” y siempre han intervenido políticamente en su “tiempo” ... Sus discursos tomando vías indirectas dejaban creer que hablaban de otra cosa. Que yo sepa, no existe un solo filósofo que no haya intervenido en la realidad... ese subcódigo que constituye el código filosófico posee una importancia determinante en la fabricación de los mensajes políticos...” (3). Dado este pequeño análisis, y en vista de las categorías que aquí se han puesto en juego, nos resulta estimulante realizar esta reflexión

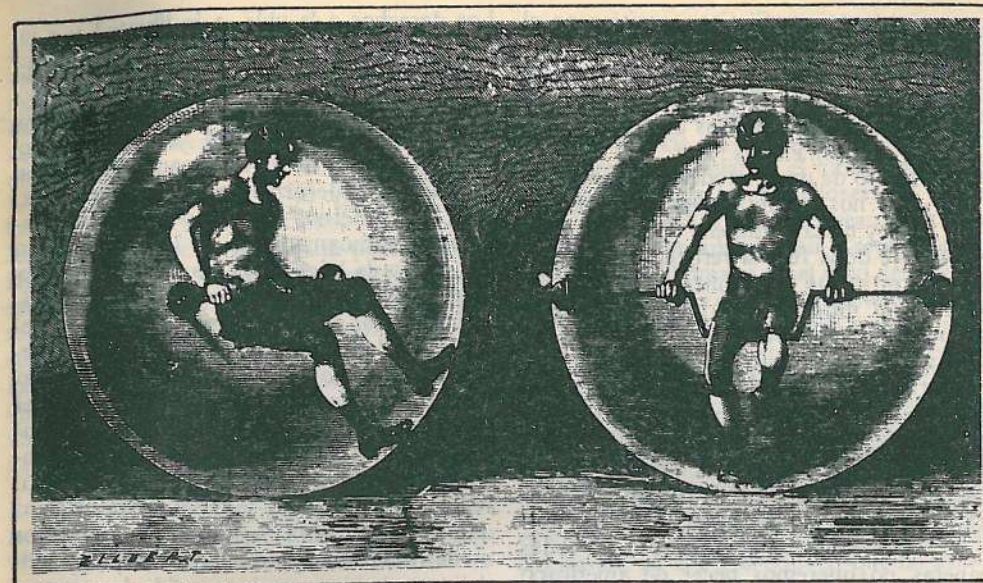
en los marcos del siguiente título: “**MODERNIZACIÓN: Una empresa tolerante?**”

La perplejidad que nos provoca una posible sociedad tecnocrática, robotizada, y un país absolutamente carente, en cuanto a las cuestiones que consideramos fundamentales para la vida, como el derecho al trabajo, a la educación, a la salud y a la vivienda (para mencionar solo algunos), nos remite a reflexionar sobre el contexto conflictivo en el que se apela a la modernización. Debe entenderse que sólo nos estamos refiriendo al conflicto que supone divorcio, sin detenernos en el análisis de una posible resolución conjunta. Algunas voces que se alzan contra la modernización están, a nuestro juicio, preñadas de cierto reduccionismo: esto primero, aquello después y en todo caso. Creemos que cuando se elabora un proyecto global para la sociedad en un contexto participativo, las tareas que se emprenden no deben operar restrictivamente respecto de otras.

Suplantaremos “contexto conflictivo” por “crisis”, en un intento por hacernos cargo de uno de los términos relacionado con el marco donde fue hecha esta ponencia. Por otra parte “crisis” indica, al menos provisoriamente, un horizonte de comprensión quebrado, conflictivo; categorías familiares que ya no dan cuenta del acontecer actual, es decir, no son más un archivo conceptual con el que se pueda operar para despejar lo real. Con respecto a esta cuestión, el aporte de Leopoldo Zea nos resulta pertinente cuando dice: “... Existe un horizonte... un lugar donde las cosas se nos presentan. Este horizonte está formado por aquél conjunto de cosas que nos son familiares ... cuando una época ha perdido su horizonte, ha perdido todo. Esta pérdida de horizonte ... es lo que conocemos como crisis de una cultura...” (4).

En este análisis sería entonces conveniente preguntarnos, si modernización no resulta también una categoría incluida en ese horizonte que ahora está en crisis. No será que quedó atrapada en un horizonte que, por familiar —de tanto prometerse y no cumplirse— ya no da cuenta de la crisis misma?

No será que por antigua —valga la paradoja—



PROYECTO DE VELOCÍPEDO ESFÉRICO

esta apelación se ha transformado en un ficción? No será que por repetitiva se han borrado las diferencias? Es conveniente entonces rastrear en los acontecimientos, la diversidad de sentidos que se acuñaron en su nombre, y las innumerables coyunturas históricas en que fuimos interpelados por ellos.

Si bien es apropiado en ese recorrido detectar los sectores de poder que se nuclearon tras estos llamados y reconocer cuáles proyectos se acuñaron con ellos, no es sólo desde el punto de vista de la concentración del poder como hay que abordar esta cuestión, sino que, además, hay mecanismos de poder no concentrados en el orden de lo social que garantizan y efectivizan el funcionamiento de aquellos sectores. Dirigiremos nuestra mirada entonces, a la organización social que en su fraguación histórica y en su cristalización institucional, despejaron el escenario para que el drama político —cultural de este país, se nos muestre. Esta configuración de lo social como una red de múltiples entrelazamientos, nos conmina a husmear en aquellos lugares donde se sospeche que se ha luchado por espacios de poder, o por lo menos, en ciertas coyunturas his-

tóricas en donde se han puesto en funcionamiento dispositivos de poder que han ocultado y excluido otros discursos y otras prácticas. En el entramado socio-institucional, es más económico —dice Foucault— vigilar que castigar y es precisamente esta vigilancia institucionalizada, la que nos remite a ejercicios de poder muy peculiares. “... Si se quiere captar los mecanismos de poder en su complejidad y en detalle, no se puede uno limitar al análisis de los aparatos de Estado solamente. No tengo ninguna intención de disminuir la importancia y la eficacia del poder del Estado. Creo simplemente que el insistir demasiado en su papel y en su papel y exclusivo, se corre el riesgo de no tener en cuenta todos los mecanismos y efectos de poder que no pasan directamente por el aparato de Estado, que con frecuencia lo afianzan, le proporcionan su mayor eficacia...” (5) Llegados a este punto, nos parece oportuno realizar una apretada síntesis de nuestras preocupaciones a fin de resituar nuestra pregunta inicial.

- 1 - La “reaparición de la categoría de tolerancia para dar cuenta de los procesos democráticos.
- 2 - La apelación a modernizarnos y el



contexto conflictivo o crítico en el que se intenta llevarla a cabo.

- 3 - La imperiosa necesidad de realizar un rastreo histórico en la medida en que esa apelación es una vieja propuesta en el país.
- 4 - El uso de una metodología apropiada que nos permita esquivar reducciones y mecanicismos.

En nombre de la fe y la verdad, la conquista de este continente tuvo, entre otros motivos, expandir el mito judeo-cristiano al mismo tiempo en que fagocitó los mitos creacionales americanos. Asistimos al estallido de las culturas americanas, a la fragmentación de modos de estar en el mundo, al disloque de lo particular, a la patentización de acciones genocidas y arrasadoras. Más que de un descubrimiento deberíamos hablar de un cubrimiento: la empresa colonizadora fue proyecto aniquilador de la diferencia. De todas maneras no queremos pecar de americano-centristas, por eso es que saludamos el discurso del Rey Juan Carlos cuando en una Universidad argentina dice: "... La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos menos libres, más desconocidos, cada vez más solitarios..." (6), así como la devolución de la Biblia al Papa Juan Pablo II por parte de indígenas bolivianos alegando en ese caso: "... llévese su Biblia y désela a nuestros opresores, cuyos corazones y cerebros necesitan más de sus preceptos morales... después de cinco siglos no nos ha dado ni amor, ni paz, ni justicia..." (7). Parece que alguna deuda histórica se intenta pagar, la diferencia irrumpe cinco siglos más tarde.

En la periodización tradicional de la historia universal, el descubrimiento de América es la coyuntura que inaugura la Edad Moderna. Un mundo nuevo, progresivamente laico y racional comienza a gestarse. En estos acontecimientos, Europa, pone en el escenario —sobre todo a fines del siglo XVII y en el XVIII— la categoría de tolerancia, Locke, por ejemplo escribe en 1685 (paradójicamente refugiado en Amsterdam) la primera carta sobre la tolerancia la cual es publicada recién en 1689. Preocupado por las relaciones Iglesia-Estado apelará a la tolerancia como condición de la sociedad civil,

Los derechos a la vida, a la libertad y a la propiedad son características de ese pensamiento,

En América, la colonización —esa intolerancia fundacional— es el acontecimiento dramático que, de alguna manera, signa los proyectos modernizadores en nuestro país. Para ser modernos hemos apostado a la integración latinoamericana, a la organización del país, a la "definitiva" constitución de la Nación, al desarrollo industrial, a la participación de los sectores populares, etc. Empresas inconclusas evidentemente. Hoy reaparecen en el deseo y en el universo discursivo de las organizaciones políticas. Y si bien el deseo nunca cesa, sospechemos de ese síntoma que nos hace pensar en acciones intolerantes en el intento de llevarlas a cabo. Por lo pronto y muy puntualmente diremos que estrechamente ligado a los proyectos modernizadores aparece un concepto febrilmente enunciado en este país; el progreso. Con él se exorcisa la barbarie, el retraso, la "gran demora", al mismo tiempo en que se consolida el papel decisivo de las élites que los formulan.

Los hombres de Mayo están convencidos, en términos generales, que el progreso tiene que ver con la Razón y que ella introduce en la historia "el sentido"; sólo así la historia es progresiva, racional y revolucionaria. Han leído a Rousseau, Quesnay, Condillac, Sac y Adam Smith. Los ideales de la revolución francesa, iluminan a nuestros intelectuales de Mayo, a la vez en que los convierte en los artífices de la Iluminación popular.

Los constituyentes del '53 estructuran un conjunto de normas jurídicas dirigidas a institucionalizar el país bajo las formas de las democracias conocidas en ese momento, en la práctica política efectiva significaron la exclusión de las expresiones populares. Felipe Varela —entre otros— tal vez sea uno de los hombres para los cuales la tolerancia de su diferencia no estaba prevista. En la tentadora oportunidad de instalarnos en el próspero mecanismo del capitalismo como proveedores de materias primas y alimentos, no había lugar para el disenso. El diseño estaba claro: Nación igual factoría.

Esta intelectualidad que levanta las banderas del progreso, es al mismo tiempo la que lleva

a cabo otro proyecto aniquilador y genocida: la "campana al desierto", renunciando de esa manera a toda posibilidad de integración. Las cruzadas modernizadoras tenían el sabor de la intolerancia, de la exclusión y del aniquilamiento.

Los hombres del '80 a la vez que consolidaban la presencia a nivel nacional —a través de las alianzas entre la oligarquía porteña con las del interior— del sector hegemónico, pensaban una sociedad laica y racional. Sobredimensionada la ciudad puerto, las medidas jurídicas, económicas, políticas e institucionales por las que clamaban, resultan las más apropiadas para un país que comenzaba y culminaba en esa ciudad esquiva y extrañada de otras pertenencias.

En el Siglo que transcurre entre aquella apelación al progreso de Alberdi y el discurso "desarrollista", se producen sucesivas transformaciones del capitalismo a nivel mundial y del mercado internacional. Las dos guerras, la crisis del '30 y los períodos de sustitución de importaciones, permiten la aparición de nuevos sectores sociales que indudablemente señalan nuevas confrontaciones.

Aunque no homogéneamente, el Positivismo fue una de las corrientes que con más fervor adhirió al proyecto de una nación moderna tras las consignas del orden y el progreso. La herencia comteana, spenceriana, darwiniana, la escuela criminológica italiana —entre otras— más el imperativo de consolidar y construir la Nación, orienta a los intelectuales positivistas en la búsqueda de los elementos patológicos de lo social. En esa tarea se irá, lentamente prescribiendo la norma; se articularán los sistemas de integración y de exclusión que requiere la organización social. El orden institucional se pone en funcionamiento para ejercitarlos y en esa misma ejercitación se irán configurando los sujetos de la exclusión: los inmigrantes, el negro, el mestizo; en definitiva la multitud. Una multitud amañada en una red social que ya la había elegido como fenómeno mórbido. "...Cuando esa consideración genérica que concibe al delito como una falta a las leyes de la Vida, baja al plano concreto del desorden cotidiano... la caracterización del delito está bastante lejos de los presupuestos de la objetividad científica para recaer en las vie-

jas figuras del vicio y la degradación... es en esas imágenes de la corrosión y de la nocividad que atacan al orden... donde locura y delito, rebeldía, fracaso y miseria se igualan en una equivalencia sin matices..." (8)

Las leyendas populares, el circo criollo, las fiestas, circularán los corredores por donde habita la miseria y la desesperanza. Así las creaciones populares vienen a reparar la dimensión de lo humano en el seno del pueblo, vienen a religar, a alzarse en el medio del dolor, a posibilitar un diálogo desde y entre ellas. Es, también un modo de exorcisar la mirada social de los sectores dominantes que oscila entre el estupor por las extravagancias populares y la instauración científica de un orden institucional secuestrador. Precisamente estos saberes calificados como incompetentes, "inferiores al nivel de cientificidad exigido", saberes marginales, paralelos, irán circulando en una red popular que no soportará la "intolerancia" de ese proyecto modernizador. "... Tanto en los sectores especializados de la erudición como en el saber



## INVENTO UTIL

PRIVILEGIADO POR EL S. G. NACIONAL

Calentador perpetuo á alcohol desnaturalizado, rápido y económico; indispensable á todas las familias, farmacias, dentistas y varias industrias que precisan de mucho y poco calor, pues se puede graduar la llama como la de un fósforo. Demostración de su superioridad á todos los demás calentadores, es que lo garantiza por 5 años.



descalificado de la gente se conserva la memoria de los enfrentamientos que desde entonces... fue mantenida al margen. Por eso son saberes históricos de lucha..." (9)

El Positivismo abre un espacio de reflexión acerca de la cuestión social demandado por el imperativo de la constitución y consolidación de la Nación; sobre la base del liberalismo político conforma un Estado parlamentario democrático basado en la exclusión política y social.

La idea del "desarrollo" como "desenvolvimiento armónico", la de "proceso indefinido" y la de "modernización" como "programa de Expansión Nacional", son una de las tantas categorías que se ponen en juego en otra corriente de pensamiento argentino: el Desarrollismo. Circunscripto al gobierno frondicista 1958/62 la teoría del "Desarrollo" se erige como la única respuesta posible a la situación argentina "estancada en estructuras anacrónicas". En este registro la caracterización de las estructuras sociales, políticas y económicas argentinas como "gran demora" o "gran retardo", era inevitable. El gobierno de Arturo Frondizi se empeña obsesivamente, en generar políticas hacia los sectores populares bajo la consigna: integración y desarrollo. Al anunciar la aplicación del plan del Fondo Monetario Internacional, Frondizi dice: "... la estabilidad político social posibilitará el desarrollo económico, el desarrollo económico posibilitará la estabilidad económico-financiera; la estabilidad económico-financiera posibilitará la expansión económica, la expansión económica posibilitará la estabilidad político-social..." (10).

Evidentemente la historia de las ideas en nuestro país aparece como una complejidad refluente de problemáticas; el Positivismo había dicho desde el mismo mecanismo de remisión circular. asegurado el orden, el progreso vendrá por añadidura; asegurado el progreso, el orden no será perturbado. La presencia movilizadora de nuevos actores sociales como la juventud de la batalla por la enseñanza laica o libre, y de antiguos militantes en la lucha por la miseria y la proscripción, son los nuevos síntomas que la integración y el desarrollo sólo pertenecían a los sueños alucinados de los "empresarios progresistas" y a los comisarios de la Alianza para el Pro-

greso.

Irrumpe nuevamente en nuestras reflexiones el contexto conflictivo o crítico —habíamos dicho— en el que se apela a la modernización hoy.

Si bien la sociedad democrática es, de hecho, una multiplicidad de preguntas y de problemáticas —además de una de las grandes demandas sociales en nuestro país— en una sociedad donde la "crisis orgánica" es tan extrema, donde las identidades políticas están tan diluidas, donde el horroroso pasado reciente se reactualiza en conductas cotidianas y donde las condiciones económicas obturan permanentemente nuestros deseos, las cuestiones del pacto democrático se tornan aún más complicadas, más confusas, así como imprecisos sus recorridos.

Olvidadas de la consulta y la participación popular, las prácticas políticas se debaten en el terreno peligroso y obscuro de la administración, el poder y las internas. Allí no hay tolerancia, hay juego de poderes, hay confrontaciones.

En una historia político-social como la nuestra plagada de proscripciones, exclusiones y espanto —obligados sucesivamente a soportar proyectos autoritarios— la constitución de actores sociales generadores y garantes de la estabilidad democrática, nos resulta imprescindible para significar y resignificar cualquier proyecto. El modernizador no escapa a esta condición. Cuando Alfonsín dice: "... Llamamos a una convergencia de fuerzas que se plantea como meta modernizar la argentina en términos de eficiencia y de una democratización fundamental..." (11) y, en cambio, no se toman las medidas correspondientes para que no sea el privilegio de unos pocos, entonces nos seguimos preguntando si esta empresa puede pensarse como un proyecto tolerante. Cuando la población sobrante aumenta día a día, cuando el cuenta-propismo inunda las calles de nuestras ciudades, cuando la marginalidad crepita en la violencia callejera, entonces ya no nos quedan más recursos reflexivos que el de sospechar que la modernización está enferma de soledad política por ausencia de consulta y participación y que la tolerancia —en este juego sádico de poderes— está poblada de ocultamientos.

(1) CHATELET, Francois: "El problema de la historia de la filosofía hoy día", en GRISONI, Dominique: "Políticas de la Filosofía", México, F.C.E., 1976, Pág. 38.

(2) GRISONI, Dominique: "Políticas de la filosofía", México, F.C.E., 1976, Pág. 13

(3) CHATELET, Francois: op. cit.

(4) ZEA, Leopoldo: "Introducción a la filosofía", México, U.N.A.M., Edicol, 1979, Págs. 17 y 18.

(5) FOUCAULT, Michele: "La microfísica del poder". Barcelona, Ed. Piqueta, Págs.

88, 106 y 107.

(6) y (7) ACUÑA, Claudia: en "La Razón", Buenos Aires, 12-10-86, Pág. 21.

(8) VEZETTI, Hugo: "La locura en la Argentina", Buenos Aires, Folios ed., 1983, pág. 159.

(9) FOUCAULT, Michele: Op. cit.

(10) FRONDIZI, Arturo: en "El Clarín", Buenos Aires, 28-12-58.

(11) ALFONSÍN, Raúl: en "La Razón", Buenos Aires, 3-10-86.



# La disposición de fuerzas objetiva en la Argentina actual

✱ NICOLAS IÑIGO CARRERA

\* JORGE PODESTA

## Presentación

En los análisis de situaciones y de relaciones de fuerzas los elementos de observación empírica deben ser ordenados en principio, en tres momentos y sus diferentes grados: el momento de una relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura objetiva; el momento de la relación de las fuerzas políticas en sus grados económico-corporativo, político-corporativo y de hegemonía de partido y, el momento de la relación de las fuerzas militares observado a los fines de esta presentación, en el aspecto político-militar (estado).

El trabajo que a continuación presentamos, describe la realidad desde el campo de las relaciones materiales, observa las modificaciones producidas e incorpora elementos del estado de las relaciones sociales a nivel de la organización económico-corporativo y político-corporativo-estatal en donde los cambios en las condiciones sociales generales son el reflejo de las luchas político-sociales de este período y, las luchas políticas y sociales

✱ Historiador. CICSO  
\* Sociólogo

son expresión de los cambios operados en esta formación social, que recién hoy pueden constatarse medirse pero, que brindan materialidad y concrez a los enfrentamientos sociales librados.

El desarrollo de la lucha de clases observadas desde los enfrentamientos políticos y sociales desde la estrategia de lucha interburguesa y el carácter que asumieron las luchas en los enfrentamientos políticos y sociales, observado desde la estrategia de la lucha de clase del proletariado, colocaron al período 1969-1982 en su momento político-militar. Estas luchas fueron expresión de los cambios en las condiciones sociales generales en donde, las modificaciones en la base material son el reflejo de los enfrentamientos librados durante ese período y refieren al desarrollo y realización de las clases sociales en su antagonismo.

CICSO  
BEBA BALVE

“El desarrollo de la producción (y, por consiguiente del mercado interior) a cuenta más que nada de los medios de producción, parece algo paradójico y constituye indudablemente, una contradicción. Es una auténtica ‘producción para la producción’, la ampliación de la producción sin la correspondiente ampliación del consumo. Pero esto no es una contradicción de la doctrina, sino de la vida real, es, precisamente, una contradicción que corresponde a la naturaleza misma del capitalismo y a las restantes contradicciones de este sistema de economía social. Justamente esa ampliación de la producción sin la adecuada ampliación del consumo corresponde a la misión histórica del capitalismo y a su estructura específica: la primera estriba en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, la segunda excluye la utilización de estas conquistas técnicas por la masa de la población. Entre la tendencia ilimitada a ampliar la producción, propia del capitalismo, y el limitado consumo de las masas populares (limitado en virtud de su estado proletario) hay, sin duda, una contradicción”.

V.I. Lenin. El desarrollo del capitalismo en Rusia.

Este ejercicio es un intento por aproximarnos al conocimiento de los cambios producidos en la Argentina en los últimos 25 años necesario para la construcción de un cuadro de la situación actual.

Para realizar ese análisis de situación seguimos el modelo de Antonio Gramsci<sup>1</sup>.

Gramsci distingue diversos momentos o grados de relaciones de fuerzas, comenzando por las relaciones de fuerzas internacionales (que siguen lógicamente a las relaciones sociales fundamentales). Después pasa a la relación de fuerzas sociales objetiva, estrechamente ligadas a la estructura, independiente de la voluntad de los hombres, para pasar después a las relaciones de fuerzas políticas y de partido, y finalmente a las relaciones políticas inmediatas o potencialmente militares.

En lo que respecta a este ejercicio, las relaciones de fuerzas internacionales refieren a la caracterización de la Argentina como país

dependiente, es decir formando parte de aquellos países formalmente independientes en lo político pero que en realidad se encuentran envueltos en las redes de la dependencia diplomática y financiera respecto de los países imperialistas.

Aquí centraremos la mirada en un ámbito de la realidad, el de la estructura económica de la sociedad, es decir aquél que refiere a las relaciones necesarias e independientes de la voluntad de los hombres, que estos contraen en la producción de su existencia, cuya forma jurídica son las relaciones de propiedad, y que se corresponden con un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales<sup>2</sup>.

Observaremos entonces.

1. el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales.
2. los grupos sociales que se dan sobre ellas, cada uno de los cuales, según Gramsci, representa una función y ocupa una posición determinada en la misma producción.

La dimensión general de este ejercicio es “población”<sup>3</sup>, teniendo como concepto general las clases sociales.

Desde la perspectiva teórica que asumimos, las clases sociales en sentido estricto, sólo se constituyen en los enfrentamientos sociales. “Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros hostilmente en el plano de la competencia”<sup>4</sup>.

Cómo observar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales teniendo como dimensión general “población”?

“Hasta dónde se han desarrollado las fuerzas productivas de una nación lo indica del modo más palpable el grado hasta el cual se ha desarrollado en ella la división del trabajo. Toda nueva fuerza productiva, cuando no se trata de una simple extensión cuantitativa de fuerzas productivas ya conocidas con anterioridad (...) trae como consecuencia un nuevo desarrollo de la división del trabajo”<sup>5</sup>.

La división del trabajo social se traduce ante todo en la separación del trabajo industrial y comercial respecto del trabajo agrícola



la y su desarrollo conduce a la separación del trabajo industrial del comercial y a la división del trabajo entre las distintas ramas.

Donde la población agrícola es dominante se mantiene el peso del campesinado y la división del trabajo social y el capitalismo se encuentran poco desarrollados.

El crecimiento extraordinario de la fuerza productiva del trabajo en la gran industria y la extensión e intensidad de la explotación de la fuerza de trabajo determina el crecimiento de una población que no participa de la actividad económica: una población no productiva, desde el punto de vista estrictamente económico es decir de la producción de la vida material, aunque al menos parte de ella está directamente vinculada a la re-

producción de las condiciones sociales de esa producción material<sup>6</sup>. Está conformada, por una parte, por la llamada "clase doméstica", los mendigos y vagabundos, y los empleados de la administración central del aparato estatal, y, por otra parte, por los rentistas y las llamadas "profesiones ideológicas" —el gobierno el clero, las gentes de leyes, los militares etc.— es decir "todos aquellos cuyo oficio se reduce a vivir del trabajo ajeno en forma de rentas, intereses, etc." y los que están vinculados a la reproducción de las condiciones sociales de la producción material.

Siguiendo estos criterios, distribuimos la población en tres grandes apartados<sup>7</sup>. El resultado que hemos obtenido es el siguiente:

	1960		1980	
	Nº	%	Nº	%
Población agrícola	3.245.709	16,2	2.811.513	10,1
Población industrial y comercial	11.137.865	55,7	16.122.881	57,7
Población no productiva	5.626.963	28,1	9.013.051	32,2
Total	20.010.537	100	27.947.445	100

El bajo peso relativo de la población agrícola en Argentina (10% de la población en 1980), indica un alto grado de desarrollo de la división del trabajo social y, a la vez, un alto grado de desarrollo capitalista.

Entre 1960 y 1980, la población agrícola disminuye; este fenómeno se corresponde con el desarrollo de las fuerzas productivas en la agricultura. El crecimiento relativo de la población industrial y comercial y de la población no productiva entre 1960 (84%) y 1980 (90%) es un indicador global de un desarrollo de las fuerzas productivas en la Argentina de ese período. Otros indicadores podrán darnos mayor precisión acerca de las ramas productivas y momentos en que se produjo ese desarrollo<sup>8</sup>.

Cómo entender este resultado frente a las imágenes acerca de la "destrucción del apar-

to productivo", "cierre de fábricas", "desindustrialización", etc., imperantes hoy en la Argentina, apoyadas en la información estadística referida a la menor tasa de crecimiento del producto bruto interno desde 1970 y aún a su decrecimiento en el último quinquenio.

Desde la perspectiva teórica que asumimos la fuerza productiva es un modo de cooperación<sup>9</sup>. Cuando se habla de un desarrollo de las fuerzas productivas, de lo que estamos hablando es de un desarrollo en el modo de cooperación. Medir el desarrollo de las fuerzas productivas sólo por el producto bruto interno es atribuirle a las "cosas" lo que es atributo de las relaciones entre los hombres (fetichismo). Lo que debe medirse es el desarrollo del modo de cooperación en la producción. Es por eso que tomamos como indi-

gador la división del trabajo.

A la vez, si observamos la capacidad productiva debemos considerar la productividad del trabajo: la productividad agrícola pasó de 1,15 tn/ha en 1971-75 a 1,50 tn/ha en 1976-80; el índice de productividad del trabajo en la industria manufacturera (medida por horas trabajadas) pasó de 100 en 1970 a 107 en 1972, donde se mantuvo hasta 1978, en 1979 pasó a 122,5, en 1980 a 132 y en 1982 a 135<sup>10</sup>, el índice de productividad de la industria manufacturera medido por obrero industrial aumentó más aún: 1970 = 100, 1980 = 138,7; 1982 = 139,5; 1983 = 147,1<sup>11</sup>. El índice general de aumento de la productividad de la mano de obra en la Argentina fue de 1,8% anual entre 1970 y 1979, dándose el mayor crecimiento entre 1976 y 1979 en que el índice fue de 3,8% anual<sup>12</sup>.

Finalmente, si consideramos la capacidad productiva por sus resultados, veremos que existen indicadores de un crecimiento de la producción en determinadas ramas: energía (atómica, eléctrica, combustible) y materiales de construcción y una estabilidad de la producción en otras ramas como la del acero; es decir en las ramas vinculadas a la producción de medios de producción<sup>13</sup> y también en la producción agrícola.

Volviendo a la distribución de la población según la división del trabajo social, el fenómeno más notable entre 1960 y 1980 es el aumento de la población no productiva que crece un 64% mientras la población industrial y comercial crece un 47%. La población no productiva alcanza en 1980 a un tercio de la población de la Argentina. Su crecimiento es un indicador de las condiciones en que se produce la expansión capitalista de los años 1960-80 y de la etapa por la que transita el capitalismo en la Argentina: incremento del rentismo y del parasitismo. Estos son indicadores de la etapa imperialista del capitalismo en que se produce el incremento extraordinario del sector rentista, que no participa en empresa alguna y cuya profesión es la ociosidad. La exportación de capitales, que es una de las bases económicas del imperialismo, profundiza la separación entre el sector rentista y la producción e "imprime un sello de parasi-

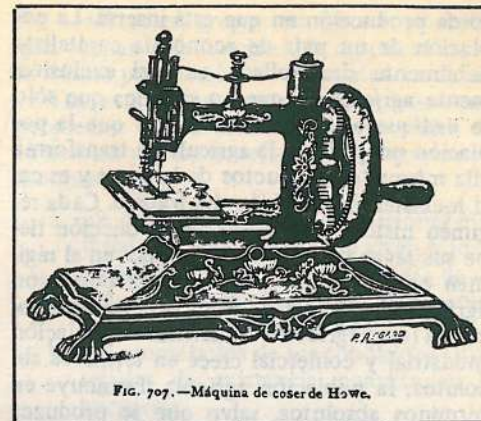


FIG. 707.—Máquina de coser de Howe.

tismo a todo el país..." Estos rasgos, señalados por Lenin y Hobson, son predominantes en los países que constituyen la cúpula o centro de la cadena imperialista, y también en los países donde el capital financiero comienza a ser dominante.

La información censal no permite establecer cuál es el volumen de población que constituye el sector rentista, pero podemos hacer una aproximación a la importancia (no en términos de su volumen) de ese sector en la Argentina: las inversiones argentinas en el exterior, es decir la exportación de capital: según datos de la Reserva Federal de los Estados Unidos, entre 1974 y 1982 "fueron unos 20.000 millones de dólares los que huyeron del país..."<sup>14</sup>, en 1985 la inversión argentina en el exterior era estimada entre 20.000 a 30.000 millones de dólares<sup>15</sup>.

El crecimiento de la población no productiva se vincula también al crecimiento del pauperismo, al que nos referiremos más adelante.

A estos rasgos propios de la etapa en que, en el desarrollo del capitalismo se hace dominante el capital financiero, se articulan en la Argentina, por su condición de país dependiente, la situación de "estado deudor".

La distribución de la población según la división del trabajo social nos permite introducir otro elemento para caracterizar el desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo en la Argentina actual.

La población agrícola no puede ser definida al margen del régimen histórico concre-



to de producción en que está inserta. La población de un país de economía capitalista debilmente desarrollada es casi exclusivamente agrícola, lo que no significa que sólo se dedique a la agricultura, sino que la población ocupada en la agricultura transforma ella misma los productos de la tierra y es casi inexistente la división del trabajo. Cada régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, en el régimen capitalista de producción la población agrícola disminuye constantemente en relación a la no agrícola<sup>16</sup>, mientras la población industrial y comercial crece en términos absolutos, la población agrícola disminuye en términos absolutos, salvo que se produzca una expansión sobre nuevas tierras lo cual implica un crecimiento aún mayor de la po-

blación no agrícola.

En cada fase del desarrollo del capitalismo la relación entre agricultura e industria es distinta llegando a su separación completa cuando domina el régimen de la gran industria, que crea una clase especial de población, por completo ajena al viejo campesinado del que se distingue por otro régimen de vida. La agricultura se convierte en una rama de la industria y la población agrícola aparece vinculada directamente con una rama de la producción, separada de las demás. En la Argentina el capitalismo se halla altamente desarrollado y la población agrícola está directamente vinculada a una rama de la producción, tal como puede observarse en la siguiente distribución de la población desde 1895 hasta 1980:

**Evolución de la población agrícola entre 1895 y 1980: relación entre población rural y población inserta en la rama agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca.**

	1895	1914	1947	1960	1970	1980
(a) % de población rural sobre población total	62,6	47,3	37,5	26,3	21	17
(b) % de población económicamente activa ocupada en rama agricultura, etc. sobre total PEA	34,8	26,7	25,7	19,8	16,2	12,9
(c) diferencia entre (a) y (b)	27,8	20,6	10,8	6,5	4,8	4,1

Fuente: Censos Nacionales de Población 1895, 1914, 1947, 1960, 1970, 1980.

Tomando como indicador la relación existente entre la variación del porcentaje de la población rural respecto de la población total (a) y la variación del porcentaje de la población económicamente activa (b), para cada año, lo que puede observarse es que la diferencia tiende a reducirse (de 27,8 en 1895 a 4,1 en 1980), esto es un indicador de un cambio cualitativo que refiere a dos proce-

sos: la disminución del peso relativo de la población agrícola y la separación del trabajo agrícola del trabajo industrial. A la vez, la población agrícola coincide prácticamente con la población inserta en la rama agricultura, lo que es confirmado también si tomamos en consideración la población económicamente activa inserta en la rama agricultura (1.200.992) y la población económicamente

activa rural (1.592.477).

Es por eso que no podemos asimilar hoy en la Argentina población agrícola a campesinado. Otro indicador en el mismo sentido lo constituye la distribución de la población agrícola según grupos sociales fundamentales: alrededor de un 87% de la población agrícola corresponde al proletariado y semiproletariado agrícolas<sup>17</sup>.

Esto no significa que en la Argentina actual no existan campesinos ni tampoco nos dice cuál será su papel y su alineamiento en un proceso de transformación de la sociedad. Pero sí no está indicando cuál será el carácter de las luchas en la Argentina.

La distribución de la población según la división del trabajo social nos permite comparar el momento por el que transita el capitalismo argentino, la medida de su desarrollo, con otras situaciones.

El peso relativo de la población agrícola en relación al total de la población nos permite observar el grado de desarrollo del capitalismo en distintos países y comprobar la situación semejante (desde este punto de vista) entre los países del Cono Sur: Argentina (12%), Chile (14,7%), Uruguay (18,2%), en relación a países de capitalismo más atrasado: Ecuador (47,6%), Guatemala (53,6%), Honduras (52,9%). Argentina es el país que que más se aproxima a los países de capitalismo más avanzado: Japón (10,7%), Francia (7,6%), Alemania (5,1%) Canadá (4,4%), EE.UU. (3,4%), Reino Unido (2,5%)<sup>18</sup>. Esto nos está señalando el grado de desarrollo del capitalismo en estos países pero nada nos dice acerca de la articulación entre las luchas sociales libradas en los distintos países de América, a nivel regional y mundial.

Sobre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad se dan los grupos sociales fundamentales constituidos por hombres que se encuentran, que viven, en una misma situación, que ocupan una misma posición en la estructura económica, es decir, en relación al conjunto de las relaciones de producción, cuya expresión jurídica son las relaciones de propiedad. La definición de los grupos sociales fundamentales remite a la posición de los hombres respecto de la propiedad o no propiedad de sus condiciones materiales de existencia. La distribución de

los hombres en grupos remite a la posición que ocupan y la función que representan, en la misma producción de su existencia social.

Tomando como dimensión propiedad - no propiedad de las condiciones materiales de existencia podemos definir dos conjuntos de hombres:

- los desposeídos de sus condiciones materiales de existencia, que viven principalmente o a medias de la venta de su fuerza de trabajo, constituyen el proletariado y semiproletariado.
- los propietarios de sus condiciones materiales de existencia, constituyen la burguesía.

Dentro de la burguesía distinguimos:

- la gran burguesía y altos funcionarios, que forman la cúpula de la burguesía: los terratenientes, los magnates financieros, los grandes industriales, los rentistas, en fin, la personificación del gran capital monopolístico. Este grupo incluye también a los altos funcionarios que, por su función, son los jefes del ejército de la producción (gerentes), aunque por su inserción aparezcan como asalariados.
- la pequeña burguesía o pequeños patronos. Este grupo se encuentra en una situación de permanente diferenciación en dos grupos: los pequeños patronos pobres o pequeña burguesía pobre, que apenas consigue sobrevivir sin realizar ninguna acumulación, y cuya principal fuente de subsistencia es la pequeña explotación, supuestamente "independiente", y los pequeños patronos acomodados o pequeña burguesía acomodada, que explota a un número más o menos considerable de obreros y asalariados de toda clase y consigue realizar algún tipo de acumulación. Dentro de este grupo se encuentran los intelectuales de la burguesía - que incluyen a los profesionales y docentes - y que constituyen, por su función, los sectores auxiliares de la burguesía, y cuya posición supone alguna capacidad de ahorro anterior (familiar) y prebenda. Los pequeños patronos o pequeña burguesía se encuentran inmersos también en un proceso de diferenciación que consolida a unos como propietarios mientras otros se van proletarizando, es decir, comienzan un proceso de pérdi-



da de sus condiciones de existencia y van siendo enlazados en las relaciones salariales.

El conjunto del proletariado y semiproletariado y la pequeña burguesía pobre constituyen las masas trabajadoras y explotadas

por el capital, a través de distintos mecanismos.

La distribución de la población argentina de acuerdo con su posición y función en los grupos sociales fundamentales es la siguiente:

**Población económicamente activa distribuida en grupos sociales fundamentales (19)**

	1960		1980	
	Nº	%	Nº	%
Gran burguesía y altos funcionarios	182.871	2,8	64.018	0,7
Pequeña burguesía acomodada	1.162.983	17,9	1.254.174	12,9
Pequeña burguesía pobre	715.158	11	1.573.905	16,2
Proletariado y semiproletariado	4.447.935	68,3	6.820.040	70,2
Total	6.508.947	100	9.712.137	100
No clasificable	915.577		424.785	
Total PEA	7.424.524		10.136.922	

Fuente: Elaboración sobre datos de los Censos Nacionales de Población de 1960 y 1980

Esta distribución nos permite observar tres fenómenos:

- la gran burguesía es más reducida en número.
- la pequeña burguesía en su conjunto mantiene su peso relativo, sufriendo un cambio en su composición interna: disminuyó el peso relativo de la pequeña burguesía acomodada y aumentó el peso de la pequeña burguesía pobre.
- el proletariado y semiproletariado aumentó su volumen tanto en términos absolutos como relativos.

Cómo entender estos resultados frente

a las imágenes acerca de que la clase obrera tiende a disminuir o incluso a "diluirse"? de que crecen los "trabajadores por cuenta propia", los "trabajadores informales", etc.?

Los difusores de estas imágenes apelan a la distribución de la población según categoría ocupacional que brindan los censos de población según la cual los asalariados pasaron de ser un 72 % de la población económicamente activa en 1960 a ser un 71,5 % en 1980; y los "trabajadores por cuenta propia" pasaron de ser un 12,5 % en 1960 a ser un 19,4 % en 1980. La disminución de la proporción de asalariados y el

crecimiento de la proporción de trabajadores por cuenta propia, que los datos censales permiten observar, constituye el punto de partida de una gama de interpretaciones postuladas en los últimos años, que van desde la caracterización de la Argentina actual como una sociedad en que los obreros tienen la posibilidad de dejar su trabajo como asalariados para convertirse en pequeños propietarios, hasta la imagen de una sociedad donde se ha reordenado la pirámide de clases, y en la que los obreros se transforman en trabajadores informales y la clase obrera tiende a perder peso relativo.

Todas estas imágenes, que se asientan en identificar a la categoría censal "asalariado" con "proletariado" o "clase obrera" tienen en común, implícita o explícitamente el planteo de lo que aparece como una contradicción: que el desarrollo del capitalismo tendría como consecuencia, en Argentina, la "disolución" de lo que clásicamente se ha considerado su producto: los proletarios y el crecimiento de los trabajadores por cuenta propia que se encuentran fuera de las relaciones salariales. Esta contradicción parte de la suposición de que la distribución de la población según su categoría ocupacional es un indicador suficiente para observar la estructura económica. Pero esta suposición implica una limitación, un "recorte" de la realidad que se quiere observar. Se plantean interpretaciones acerca de una es-

tructura social y sólo se está observando "inserción ocupacional"

Es este desarrollo deformado de la observación lo que lleva a conclusiones deformadas acerca de la sociedad argentina actual y del desarrollo del capitalismo en Argentina.

No todos los que aparecen insertos como asalariados son proletarios (ej.: gerentes, profesionales) y otros, que pueden aparecer en los censos como "trabajadores por cuenta propia" o "familiares sin remuneración" forman parte de los expropiados, del proletariado (ej.: peones, vendedores ambulantes).

Es la aplicación de las nociones de posición y función (dimensión propiedad-no propiedad) la que nos permite distinguir entre propietarios y expropiados y la que nos permite aproximarnos a la noción de proletariado o clase obrera.

En qué situación se encuentran los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual?

- la disminución en el número de la gran burguesía (en términos absolutos y relativos) y de la pequeña burguesía acomodada (en términos relativos) se corresponde con un proceso de centralización de la propiedad en menos manos. Este proceso puede observarse también tomando el número de asalariados por empleador en las distintas ramas de la actividad económica, que pasa de 5,6 en 1960 a 12,4 en 1980.

En algunas ramas las diferencias son más notables (por ejemplo en electricidad, gas y agua que pasa de 75,3 en 1960 a 494,7 en 1980; en la minería de 34 en 1960 a 147,4 en 1980; en la construcción de 8,4 a 20,3; en servicios de 17,8 a 68,6).

Esa disminución en el número de la gran burguesía y de la pequeña burguesía acomodada va acompañada de un aumento de la riqueza social de que se apropia. Podemos señalar algunas indicaciones en ese sentido, como por ejemplo, el crecimiento del producto bruto interno de la Argentina entre 1960 y 1980, que es un indicador grueso de que ha aumentado la riqueza producida; aumento de la riqueza que no ha sido acompañado por un aumento de la participación del proletariado y semiproletariado y la pe-





queña burguesía pobre en su distribución, sino todo lo contrario.

El proceso a que nos referimos se da en condiciones de aumento del "parasitismo". Un indicador grueso en ese sentido, lo da el monto de las inversiones argentinas en el exterior, que señala la separación entre la propiedad del capital y el lugar donde se invierte, y el carácter rentista de esta burguesía, a que ya nos hemos referido.

A la vez, la reestructuración de los espacios producida fundamentalmente a partir de las políticas de gobierno aplicadas desde mediados de la década de 1970, que dieron como resultado la expulsión de la Capital Federal y ciertos partidos del Gran Buenos Aires de población perteneciente al proletariado y la pequeña burguesía pobre<sup>20</sup>, dejó a disposición de la gran burguesía y de la pequeña burguesía acomodada, el espacio donde se concentran los servicios que proveen de las mejores condiciones de vida en el país.

b. Una parte de la pequeña burguesía sufrió un proceso de pauperización, que se observa en la disminución relativa de la pequeña burguesía acomodada y el crecimiento de la pequeña burguesía pobre. A la vez, una parte de la pequeña burguesía sufrió otro proceso, el de su proletarización; proceso en el cual algunas fracciones comienzan a quedar enlazadas en relaciones salariales; en 1980 el 25,6% de la pequeña burguesía se encontraba en esa situación. Este dato nos permite hacer una precisión acerca del volumen del proletariado: al 70,2 % que constituye el proletariado y semiproletariado en sentido estricto, puede agregarse un 7,7 % más, formado por fracciones de pequeña burguesía en proceso de proletarización (por ejemplo: profesionales, maestros y técnicos asalariados). Existen testimonios no estadísticos de estos procesos de pauperización y proletarización de algunas fracciones de pequeña burguesía a través, por ejemplo, de los relatos periodísticos de ocupaciones de tierras en el Gran Buenos Aires y la composición social de sus protagonistas<sup>21</sup>.

Una parte de la pequeña burguesía

sufre también un proceso de desalojo del territorio argentino a través de la emigración.

c. Convencionalmente se describe la situación en que se encuentra el proletariado mediante indicadores tales como la evolución del salario real, las variaciones en la productividad, la distribución del ingreso, etc.

El salario real de los obreros industriales disminuyó un 64 % entre 1975 y 1980 y su productividad aumentó, tal como vimos más arriba.

Estos indicadores muestran la situación de los obreros industriales, que son aproximadamente un 21,4 % del proletariado y semiproletariado. Si intentamos abarcar el conjunto de los asalariados vemos que la situación es la misma que se observa en relación a los obreros industriales: baja el salario (50 % del ingreso nacional en 1975; 34 % en 1980, y menos en la actualidad), y aumenta la productividad de su trabajo.

Pero esta caracterización de la situación que convencionalmente se hace, sólo refiere a una parte del proletariado: los obreros industriales y demás asalariados insertos directamente como tales en el proceso productivo.

Cómo observar la situación del proletariado y semiproletariado tomando en cuenta a otras capas y fracciones? Comenzaremos tomando en consideración a los "desocupados". Según cifras oficiales la tasa de desocupación a lo largo de los últimos 20 años osciló entre un 4 y 6 % de la población económicamente activa aproximadamente. Lo mismo ocurre si incorporamos las cifras de subocupación: en los últimos 10 años han sido más o menos constantes entre un 8 y 12 %<sup>22</sup>. Pero estas cifras oficiales no reflejan la totalidad de los hechos. Para poder aproximarnos a un cuadro de situación del proletariado debemos incorporar la noción de "desalojo", de pérdida de un territorio (destrucción de relaciones sociales, lo que implica violencia, la aplicación de una coacción). En ese sentido debemos tomar otros indicadores (además de salario, productividad, desocupación) que nos permitan referirnos a la situación del conjunto del proletariado.

Visto desde el proletariado, hay que su-

mar al volumen de desocupados aquellos expropiados de sus condiciones de existencia que no pueden incorporarse al mercado de fuerza de trabajo, y este volumen tiende a crecer en los últimos 25 años. (Relación entre población económicamente activa y no activa).

Tomando una estimación de Kùl<sup>23</sup> acerca de la "desocupación encubierta" se puede calcular en forma aproximada que la población desocupada en 1980 era el 23,6% y entre 1980 y 1984 oscilaba alrededor del 25,3 %. Pero debemos tomar en cuenta que la desocupación, entendida como un desalojo sólo puede tomarse como tal en relación a la masa de población trabajadora y explotada (ya que la burguesía no puede ser considerada desocupada). Tomando este criterio, en 1984 aproximadamente el 29,2 % de esa masa de población se encuentra en esa situación.

El desalojo también se manifiesta en la emigración. No existe información disponible acerca de que parte de los argentinos emigrados corresponden al proletariado y semiproletariado; la única estimación existente señala que alrededor de la mitad<sup>24</sup>. Estrechamente vinculada a la emigración se encuentra la expulsión de inmigrantes de países limítrofes realizada a mediados de la década del 70 y que ha sido estimada en 300.000 personas<sup>25</sup>.

Otra forma de desalojo es la de aquellos que pasaron de la condición de asalariados a la de "trabajadores por cuenta propia". Con la información disponible es imposible determinar que proporción de ellos corresponde a sectores de pequeña burguesía asalariada que han dejado de estar directamente enlazados en un salario y son ahora pequeños comerciantes, etc. y que proporción corresponde a proletarios que no aparecen directamente como asalariados pero no por eso han dejado de ser desposeídos de sus condiciones materiales de existencia ni ha quedado anulado el largo proceso que los fue constituyendo como proletarios y que, en muchos casos, están enlazados en relaciones salariales encubiertas bajo la figura del "trabajador por cuenta propia" (por ejemplo trabajadores domiciliarios o vendedores callejeros que son asalariados por pieza).

En síntesis, los indicadores de desocupación, relación entre población económicamente activa, económicamente no activa, migraciones y disminución de la proporción de asalariados dentro de la población económicamente activa permiten observar que en los últimos 25 años la situación del proletariado se caracterizó por la existencia de una proporción más o menos constante de desocupados (entre un 8 y 12 %) mientras tendió a aumentar el número de los que fueron desalojados o no pudieron incorporarse a la actividad económica y de los que emigraban del país.

Es decir que, visto desde el capital, un volumen cada vez mayor del proletariado se encuentra en la situación de población "sobrante" en relación a las necesidades de fuerza de trabajo del capital, quedando fuera de la actividad económica o teniendo que emigrar. Visto desde el proletariado este es un proceso de creciente desalojo, de creciente desposesión de un territorio que ocupaba. Desalojo que implica "violencia", en tanto destrucción de relaciones sociales. El desalojo sólo puede realizarse mediante la aplicación de una coacción física, directa. Y en ese contexto deben ser leídas las políticas de gobierno y la disposición de guerra de la burguesía que crearon las condiciones de su aplicación. Obviamente estas políticas de desalojo de sectores del proletariado y también de fracciones de la pequeña burguesía y de la burguesía, y la resistencia a ser desalojados y el intento por recuperar territorios por parte del proletariado, están presentes en todo el período que estamos considerando, y las luchas económicas, políticas y sociales del período deben ser lidas en este contexto.

La situación en que se encuentra el proletariado puede observarse también tomando como indicador las condiciones de desnutrición en que se encuentran sus hijos; este indicador refiere a la situación de los más pobres en la sociedad argentina. Si se proyecta sobre la población menor de 14 años (Censo de 1980) las cifras oficiales de niños subalimentados relacionándolo con la proporción de proletarios y semiproletarios, llegamos al resultado de que alrededor del 48,6 % del proletario y semiproletario se



encuentra en la situación de pauperismo, esa capa del proletariado constituida por aquellos que no tienen como mantenerse a sí mismos. No contamos con la información necesaria para mostrar que el pauperismo ha crecido en los últimos 10 años, que cada vez más sectores del proletariado han sido arrojados a esa situación; pero si existe un indicador indirecto de este hecho: el incremento, hasta el punto de hacerse visible, del pauperismo oficial, esa parte del proletariado que tiene que vivir de la caridad pública: en 1985, 5.600.000 personas recibían asistencia del Programa Alimentario Nacional (PAN).

Hemos tomado otros indicadores de la situación en que se encuentra el proletariado que refieren no ya estrictamente al ámbito de la estructura económica sino al pasaje a la relación de fuerzas políticas, vista desde los grupos sociales fundamentales. Estos indicadores son el grado de sindicalización y el empadronamiento, que nos permiten aproximarnos a un perfil acerca de que porción del proletariado se encuentra con una parte de sus intereses organizados en forma corporativa, en tanto ciudadanos, sean sus intereses económicos (sindicatos) sean sus intereses políticos (empadronamiento y voto).

Actualmente, el total de afiliados a sindicatos se corresponde aproximadamente con un 47,5% de los asalariados, es decir que más de la mitad de los asalariados no tienen legitimados sus intereses económicos en tanto ciudadanos a través de la organización sindical. Podría suponerse que esto se debe a una situación coyuntural, pero en el conjunto del período siempre la mayor parte de los asalariados se encontró fuera de la organización sindical (1964: 32%; 1984: 47,5%). Sin embargo podemos considerar que también ha habido un desalojo en este ámbito si tomamos en cuenta que a mediados de la década de 1970 se estimaba que el porcentaje de asalariados sindicalizados era aproximadamente del 50%.

Podría suponerse que es distinta la situación del proletariado si consideramos su participación en el sistema electoral tomando como indicador el empadronamiento y el voto que son obligatorios. Si ponemos en relación el conjunto de los que efectivamente votaron, con los empadronados y con el conjunto de aquellos a los que convencionalmente se considera en edad de participar en la actividad económica, es decir de los mayores de 14 años, observamos que, en 1983, alrededor de 3.960.000 proletarios y 913.500 pequeños burgueses pobres no están vinculados al sistema electoral, sea porque no están empadronados o porque estándolo no votaron. Estas cifras corresponden a un 28,3% de cada uno de los grupos sociales, suponiendo que los no vinculados al sistema electoral están distribuidos en forma homogénea entre los distintos grupos sociales y no, como probablemente sea, fundamentalmente, entre los que han sido desalojados, dentro del proletariado y semiproletariado y la pequeña burguesía pobre.

En síntesis, podemos caracterizar a la Argentina actual como un país dependiente de capitalismo desarrollado, en el sentido de que se encuentran muy extendidas las relaciones sociales de carácter capitalista.

En los últimos 25 años se han desarrollado las fuerzas productivas. El desarrollo de las fuerzas productivas implica que el capitalismo argentino ha destruido una traba a su desarrollo, las relaciones de propiedad del capital industrial, lo que no significa la expansión del capitalismo sin obstáculos y por un largo período, ya que se han impuesto las relaciones propias del capital financiero, es decir las del capitalismo en su fase de descomposición. El capitalismo ha salido de su fase de expansión y ha entrado en su fase de descomposición: ha crecido el carácter "parasitario" del capitalismo argentino y de su burguesía más rentista; así como la población inserta en los mecanismos de reproducción de las condiciones del sistema mismo (por ejemplo, aparato del estado). Se ha confirmado el carácter de país en el cual el desarrollo del capitalismo se encuentra avanzado, tal como lo indica el bajo peso de la población agrícola en relación al conjunto de la población. A la vez, lo novedoso lo constituye el hecho de que son dominantes las relaciones propias de la fase de dominio del capital financiero, tal como lo indica el crecimiento del "parasitismo".

El desarrollo de las fuerzas productivas, el desarrollo mismo del capitalismo ha cons-

tituido la situación en que se encuentran los grupos sociales fundamentales.

Esta nueva situación se constituyó, tal como es ley en el desarrollo del capitalismo mediante la confrontación, la lucha. El período estudiado muestra el proceso de transformación, en relación al período iniciado en la Argentina a partir de la crisis capitalista mundial de 1929. Lo que hoy vemos es una nueva situación, una nueva disposición de fuerzas, que refleja el poder realizado. Mediante la aplicación de una coacción física directa el capital financiero creó las condiciones necesarias para su dominio, lo que implicó la destrucción de relaciones sociales existentes y la construcción de otras nuevas. La resolución de esa confrontación fue la derrota de una forma de organización de la sociedad: la que se corresponde con el dominio del capital industrial y el triunfo de una nueva forma de organización: la del capital financiero.

La resolución de esa confrontación (el desarrollo mismo del capitalismo) supuso un gigantesco proceso de expropiación de fracciones de pequeña burguesía y del proletariado, logrado con el consenso (complicidad) del conjunto de la burguesía y de buena parte de la pequeña burguesía.

A la vez tal como queda ejemplificado en este ejercicio, aumentó la explotación de sectores del proletariado en intensidad y extensión. Expropiados y explotados constituyen el conjunto de la clase obrera, que se encuentra en estas nuevas condiciones.

Generalmente, cuando se hace referencia a la situación del proletariado, se toman en consideración aquellos indicadores que refieren a la explotación. En este ejercicio hemos tomado como tales la productividad del trabajo y el salario. Pero lo que generalmente no se observa son los procesos de expropiación. En este ejercicio hemos intentado mostrar, utilizando como indicadores los diferentes "desalojos" a que hacemos referencia en relación a la situación de las masas trabajadoras y explotadas, esos procesos de expropiación. Expropiación que está siempre presente en la sociedad pero que en ciertos momentos (crisis) adquiere una extensión, drasticidad e intensidad excepcionales, y en los que la coacción física directa, siempre presente

pero no siempre observable, se hace evidente.

Como resultante del poder realizado en el momento anterior, los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual se encuentran en la siguiente situación:

La gran burguesía ha acumulado una mayor riqueza y ha tomado, a la vez, un carácter cada vez más parasitario y rentístico. Al igual que una parte de la pequeña burguesía.

El mismo desarrollo del capitalismo ha producido (proceso de expropiación) un crecimiento de las masas trabajadoras y explotadas (que hoy abarcan al 86,4% de la población): una parte de la pequeña burguesía se ha empobrecido y/o proletarizado y ha crecido el proletariado.

Contrariamente a lo que señalan algunos discursos, el número de los obreros industriales se mantiene (al margen de las oscilaciones coyunturales de la desocupación). Aunque pierden peso relativo en el conjunto del proletariado y semiproletariado, lo que hace al desarrollo del capitalismo, constituyen una quinta parte de ese grupo social.

El aumento de la productividad del trabajo en determinadas ramas de la producción y, en general, la productividad media ha permitido el crecimiento, dentro del proletariado y semiproletariado, de una población "sobrante" en relación a las necesidades de fuerza de trabajo para la producción de mercancías por parte del capital. Este último proceso se ha expresado en un creciente desalojo de volúmenes del proletariado de los espacios que ocupaba, lo que se expresa en un aumento en el volumen de las capas más pauperizadas de la población, de los "desalojados", los que no pueden acceder al mercado de trabajo, etc. Estas capas constituyen un ejército industrial de reserva para futuras expansiones de la producción, pero también incluyen volúmenes de población que quedarán conformando una pobreza consolidada.

En ese ejército industrial de reserva se ha producido una transformación: han perdido peso sus formas latentes, las porciones de población agrícola que la expansión del capitalismo en el campo va dejando en disponibilidad y que se vuelcan a las ciudades. En los últimos 20 años la expansión del capitalismo, una de cuyas manifestaciones se cono-



ce bajo el nombre de "crisis de las economías regionales" movilizó a esa población latente y la lanzó sobre las ciudades, sobre Buenos Aires pero también y en medida proporcionalmente mucho mayor sobre las ciudades medianas del interior, en este sentido puede decirse que las formas latentes del ejército industrial de reserva han perdido peso y los contingentes de población que la componen se encuentran ya movilizados y en las ciudades formando parte de las modalidades intermitente y flotante<sup>26</sup>. Una parte de esta población se constituye en la infantería ligera del capital que fue lanzada sobre distintos puntos de la Argentina para la construcción de grandes obras (autopistas, represas, rutas, centrales nucleares, etc.).

Han aumentado las formas intermitentes del ejército industrial de reserva que conforman los "desalojados" a que hemos hecho referencia y que provienen tanto de sectores obreros como de pequeña burguesía y que aparecen bajo la figura de "trabajadores por cuenta propia".

El "desalojo" o la imposibilidad de acceder a ciertos espacios sociales por parte del proletariado se expresa también en otros ámbitos.

Aproximadamente la mitad no tiene organizados sus intereses en los sindicatos y más de una cuarta parte (28% aproximadamente) no está vinculado al sistema electoral. Estos sectores del proletariado y semiproletariado forman parte, fundamentalmente, de los sectores más pauperizados del proletariado, de los que constituyen el ejército industrial de reserva, de los que constituyen la pobreza consolidada. Siempre, en el capitalismo, una parte del proletariado queda fuera, no puede acceder a las formas de organización económica y política de la sociedad (mercado de trabajo, sistema político); son los "pobres de vida e influencia". Lo que hoy advertimos en la Argentina es el incremento de ese sector del proletariado; la década de 1970

## NOTAS

(1) "Una relación de fuerzas sociales, estrechamente ligadas a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que puede ser medida con los sistemas de las ciencias exactas o físicas. Sobre la base del grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción se dan los grupos sociales, cada uno de los cuales representa una función y tiene una posición determinada en la misma producción. Esta relación, es lo que es, una realidad re-

sería un punto de inflexión: desde los años 30 se puede observar un proceso de creciente ciudadanización de sectores del proletariado que entra en crisis en los años '70.

La situación que hemos analizado, las transformaciones ocurridas en la Argentina en los últimos 25 años, no es más que una descripción del desarrollo mismo del capitalismo. Y los caracteres que hemos señalado, tales como el aumento del parasitismo y la consolidación de un volumen del proletariado que no tiene posibilidad de acceder a las distintas formas de organización de la sociedad en sus distintos ámbitos (mercado de trabajo, organización corporativa de sus intereses en tanto ciudadanos, etc.) no hacen sino señalar la fase por la que transita el capitalismo (descomposición) en esta formación social, que tiene su correlato político en la crisis del sistema institucional político.

El crecimiento de la miseria, del pauperismo, no es consecuencia del estancamiento del capitalismo sino de su desarrollo.

Por una parte la burguesía como clase ha incrementado la riqueza social de la que se apropia y sus fracciones financieras han logrado la hegemonía hacia el conjunto de la burguesía y el consenso (complicidad) de gran parte de la sociedad, que se expresa, por ejemplo, en el campo de los intelectuales, en la construcción de imágenes acerca de que la clase obrera "disminuye" o "se diluye".

Por otra parte se han incrementado los "desalojados", los pobres de vida e influencia, los expropiados.

He aquí la nueva disposición de fuerzas objetiva que ha producido la Argentina moderna.

Esta disposición de fuerzas objetiva determina el nivel de la contradicción y el antagonismo existente en la Argentina actual entre las dos clases sociales (intereses) fundamentales.

belde: nadie puede modificar el número de las ciudades y de la población urbana, etc. Esta fundamental disposición de fuerzas permite estudiar si existen en la sociedad las condiciones necesarias y suficientes para su transformación, o sea, permite controlar el grado de realismo y de posibilidad de realización de las diversas ideologías que nacieron en ella misma, en el terreno de las contradicciones que generó durante su desarrollo". (Gramsci, Antonio; **Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno**, Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1962, p. 71).

(2) Marx, Carlos, **Prólogo a la Contribución Crítica de la Economía Política en Introducción General a la Crítica de la Economía Política 1857** y otros escritos sobre problemas metodológicos, Córdoba, P. y P. Cuaderno N° 1, 1974.

(3) El ejercicio está realizado fundamentalmente tomando como información de base la información censal, que nos ha permitido construir los datos para establecer una primera imagen global acerca de la situación del conjunto de la población en el total del país. Cuando la información censal no resultó suficiente incorporamos información de otras fuentes estadísticas y, en medida mucho menor, de fuentes no estadísticas.

(4) Marx, Carlos; **La Ideología Alemana**, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1973, pp. 60-61.

(5) *Ibidem*; p. 20.

(6) Cfr.: Marx, Carlos, **El Capital**, Tomo I, Cap. XIII, México, F.C.E., 1973. Lenin, V.I., **El Desarrollo del Capitalismo en Rusia**, Capítulos VII y VIII, Buenos Aires, Ediciones Estudio, 1973.

(7) Los criterios técnicos con que se construyó esta distribución están desarrollados en: **Análisis de una relación de fuerzas sociales objetiva: caracterización de los grupos sociales fundamentales en la Argentina actual**. Nicolás Iñigo Carrera y Jorge Podestá, Buenos Aires, Cuadernos de CICSO, Serie Estudios N° 46, 1985. A partir de esta nota este trabajo está citado como: Cuadernos de CICSO N° 46.

(8) Por ejemplo ver: Hillcoat, Guillermo, **Notas sobre la evolución reciente del capitalismo argentino (1976-1981)**, Saint Denis, CIAL, 1981; **Bolsa de Cereales, Anuario Estadístico**, 1983.

(9) Marx, Carlos, **La Ideología Alemana**, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1973. (10) Dorfman, Adolfo, **Cincuenta años de industrialización en Argentina, 1930-1980**, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1983.

(11) Suplemento Estadístico Mensual del diario **Ambito Financiero**; Noviembre, 1984.

(12) IEA, enero de 1981, **La productividad de la mano de obra**, citado en Hillcoat, Guillermo, **Notas sobre la evolución reciente del capitalismo argentino (1976-81)**, Saint Denis, CIAL, 1981.

(13) **Anuario Estadístico de la República Argentina 1981-82**.

(14) **Diario La Nación**, 15/7/84.

(15) **Diario La Nación**, 8/7/85.

(16) Marx, Carlos, **El Capital**, Tomo III, Cap. XXXVII, México, F.C.E., 1973.

(17) No desarrollaremos este punto en el presente artículo. La fundamentación del mismo ha sido expuesta en: "La población agrícola en Argentina en las décadas de 1960 a 1980", Nicolás Iñigo Carrera y Jorge Podestá, ponencia presentada en las Jornadas sobre transformaciones agrarias en la última década en América Latina, Neuquén, 1986, Mimeo, CICSO. (18) Ver Cuadernos de CICSO N° 46, Anexo II. La información para los países citados corresponde a 1980-82, salvo para el caso de Uruguay que corresponde a 1970. El 12% correspondiente a Argentina y el 10% señalado anteriormente surge de la utilización de fuentes distintas.

(19) Esta distribución refiere a la población que los censos registran como "económicamente activa". Los procedimientos técnicos mediante los cuales construimos los datos de volumen de cada grupo a partir de la información censal están presentados en Cuadernos de CICSO N° 46.

(20) Ver: **La disputa por un territorio: los partidos del Gran Buenos Aires**, Eduardo Bermúdez.



dez, Cuadernos de CICOSO, Serie Estudios N° 53.

(21) Ver Cuadernos de CICOSO N° 46; p. 30.

(22) INDEC – Encuesta Permanente de Hogares.

(23) Kühl, Livio y otros; “Una política industrial para la Argentina”, Buenos Aires, Centro de Estudio, 1983.

(24) Ver Cuadernos de CICOSO N° 46.

(25) Münck, Ronaldo, “La estructuración del capital y la recomposición de la clase obrera desde 1976”, Amsterdam, CEDLA, 1982.

(26) Las modalidades del ejército industrial de reserva están utilizadas en el sentido en que las utiliza Marx en El Capital; Tomo I, Cap. XXIII.

## Notas sobre la Convergencia Democrática que nos propone Alfonsín

\* CESAR BONANOTTE

\* MARCELO GOMEZ

\* ERNESTO VILLANUEVA

Frente a los males que sufrimos todos los días, el gobierno ha expresado su objetivo transformador: la fundación de la Segunda República. Rápidamente, es cierto, cambió el ordinal “segunda” por “nueva”. Es que la idea de segunda traía remembranzas muy directas del modelo francés; pero si la analogía quería ser válida, podía terminar en un dieciocho brumario. Y ya se sabe: la primera como tragedia, la segunda como farsa. De ahí la utilización del término “nueva” que, aunque manoseado, es menos comprometedor. Además, para los memoriosos, podía comparárselo con la “nueva Argentina” del peronismo. Esta, nacionalista, un poco imperial y omnipotente. En cambio, la idea radical, más ciudadana, civilizada y razonable.

Podríamos extendernos más en el tránsito de “segunda” a “nueva”. En el inicio, un paradigma europeo como inspirador de soluciones; en la otra, una competencia interpartidaria. Pero deleitarnos en los términos, las palabras y los discursos —tan en boga en la socio-semiología de hoy, olvidada de los seres de carne y hueso— nos llevaría a la soberbia de despreciar la propuesta, tildándola de mera cortina de humo tendiente a distraernos de los problemas cotidianos, o de globo de ensayo en función de oscuros propósitos, todavía ni siquiera entrevistados.

Y la verdad es que podemos oponernos, cri-

ticarla, alabarla o estar de acuerdo, en fin, lo que sea, pero, eso sí, tomándola en serio.

Constituye un esfuerzo del liberalismo argentino por dotar de sentido trascendente al sistema político en que estamos insertos. Después del materialismo vulgar de Martínez de Hoz y Videla, que sólo prometían bienes importados y represión, después de ese reduccionismo economicista que reducía el hombre al consumidor y el complejo social a un cuartel, este liberalismo re-descubre la política como campo de articulación de los conflictos societales y nos propone una nueva panacea. Aquel hacía hincapié, en la fuerza, éste en el consenso. Diferencia crucial, es innegable, pero igual matriz ideológica. La conciencia política dominante hoy en la Argentina está abierta a tal propuesta. De ahí que no resulte banal comentarla críticamente, haciendo hincapié en sus ejes principales, a la vez que se los compara con otros datos de la realidad nacional.

Alfonsín nos propone refundar la república (ojo, los mal pensados: refundar, no refundir) y de ahí la Convergencia Democrática. Argentina vive una crisis y la ambición presidencial es superarla a partir de un particular esquema teórico. A nuestro juicio, tal proyecto conlleva un mecanismo ideológico, esto es, una estructura y un contenido discursivos que escinden a cada uno de los argenti-

\* Auxiliares docentes en la Carrera de Sociología de la UBA

\* Profesor de la UBA



nos en fragmentos de conciencia separados entre sí y luego definen como esencial un fragmento particular y arbitrario, a la vez que se ignoran las otras dimensiones. Tal parcelación de la conciencia tiene como objetivo político, congelarla, y como objetivo ideológico remitirla a un universo donde existan diferencias pero la palabra "contradicción" es desconocida. El propósito de estas notas es destacar los conceptos principales de tal esquema, las líneas de acción que conllevan y los peligros que suponen para el logro de una democracia que se asiente en un poder propio y no en el equilibrio de fuerzas.

### Política y Economía: El Modernismo de la Ética.

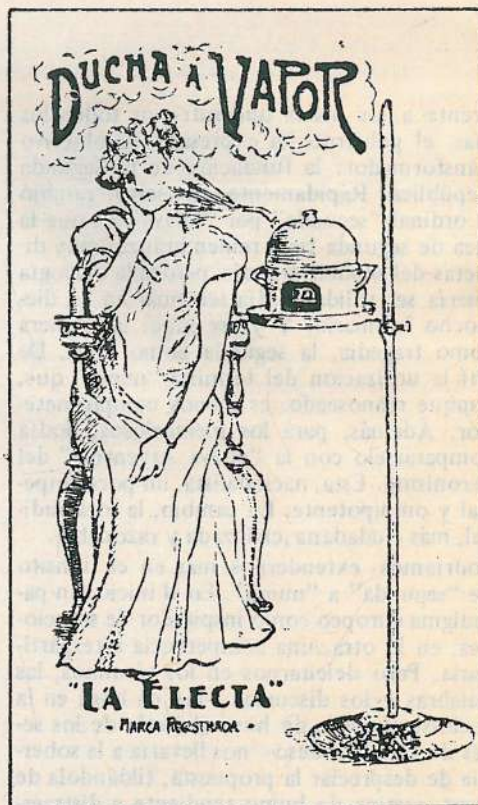
En el substrato ideológico de las propuestas de Parque Norte y la Convergencia aparece una clave de resolución del difícil problema entre Economía y Política en la vida argentina. Un ordenamiento de la lectura de distintos fragmentos de ambos documentos nos indica tres momentos en la elaboración argumental que unifican una visión histórica del desenvolvimiento de la sociedad argentina con una perspectiva ideológica casi cristalizada en formulaciones doctrinarias. Como se observará, esta conjugación histórica-doctrinaria adquiere o pretende autoasignarse el significado de lo "nuevo" fundado históricamente: cambiar la "mirada" de la sociedad argentina basándose en las mismas experiencias anteriores —en especial los fracasos— de nuestra sociedad.

Lo "nuevo" en la concepción de los vínculos entre lo económico y lo político se desarrolla en tres momentos:

1) Apariencia de contradicción absoluta entre política y economía. La dinámica y el funcionamiento de la economía argentina en sus distorsiones se presenta como un obstáculo insalvable, como negación irreductible de un orden político estable. Los repetidos fracasos políticos se explican a partir de las disputas distributivas y el enfrentamiento entre intereses sectoriales inmediatos. El reino de la economía es criticado en la medida que

la autonomía espontánea del mercado conlleva la vigencia de valores "utilitaristas"(1). La economía se convierte en negación de la política, socavando las bases de la integración social.

2) Explicación político-social de la economía: lo económico despojado de su propia autonomía y reintroducido en un proceso histórico global, es re-significado. Ya no es la lógica centrífuga del mercado, que escindía el interés particular del interés general, sino la lógica facciosa del funcionamiento de la sociedad argentina, producto de una mezcla de violencia, intolerancia, maniqueísmo y otras plagas que conformaban una cultura autoritaria muy arraigada.



3) Disolución de lo económico por lo político y la negación de la economía por la política, cuya consecuencia es el restablecimiento de la economía, pero ahora con una lógica inte-

gradora.

En conclusión, la economía aparece durante la transición como un espacio maleable donde se intentan establecer los marcos normativos, el "orden flexible"; que hagan posibles y activen las formas de integración social. Los problemas económicos adquieren significado en la medida en que se convierten en campo de batalla donde se juega principalmente la constitución de los sujetos democráticos, verdaderos soportes del sistema democrático. La subalternización de lo económico culmina en el intento de una refundación terrenal de la economía a partir del predominio paulatino del cielo de la política. El reconocimiento de los actores sociales, la vigencia de nuevos estilos de acción que se basan en el compromiso de respeto a normas de resolución de conflictos, nuevos planteos de gestión, administración, etc., harán posible la emergencia de proyectos y programas que permitan ahora sí integrar orgánicamente los intereses del conjunto.

Al menos la transición democrática debe desactivar las presiones y demandas sectoriales y dotar al Estado, y al proceso político todo, de los elementos que trazan los límites y las condiciones en que se resuelven las diferencias en un proyecto integrador. La lógica disgregadora de lo económico puede y debe ser redefinida por las modificaciones en las pautas de comportamiento cotidianas de individuos y grupos(2).

La modernización no consiste ni surge únicamente de un proceso técnico-económico sino que queda genéricamente definida como cambio racional hacia la participación, la solidaridad y la eficiencia(3). El papel de la ética, de la solidaridad, como empresa de gestación de una nueva moralidad social y como expresión de una nueva voluntad colectiva se erige así en el puntal, la palanca que va a permitir la integración y reconstitución de un deteriorado tejido social y es justamente sobre esta base que es pensable la compatibili-

zación y aun la realización de los intereses particulares y sectoriales.

En definitiva, las armas que nos propone Alfonsín para la reconstrucción de una "sociedad diferente" no son más que un gigantesco

ejercicio de autocontricción colectiva y rectificación ética de nuestro comportamiento social. El énfasis en el contenido "eticista" es una veta tradicional cultivada por el radicalismo yrigoyenista, pero sucede ahora que Alfonsín le superpone la modernización de una manera equívoca, como para registrar en su discurso una cierta motivación "reformista" o "innovadora" que termina siendo reducida a la simple "canalización racional" de esta fuerza moral, agente principal de todos los cambios.

Esta "viabilización" racional termina siendo el arma de lucha de lo político frente a lo económico, visto que "la modernización en democracia y en solidaridad impone reforzar los poderes de la sociedad autonomamente constituida"; "no es un tema exclusivo de las empresas"; o "un estilo de gobierno que mejore la gestión del Estado"(4), etc. Es claro, entonces que la modernización es esencialmente un cambio de las formas y estructuras económicas, políticas, sociales, culturales, que vinculan los individuos y la sociedad, lo público y lo privado, pero de una manera armónica y racional.

La mención de la inflación como el problema medular, indica una vez más esta transubstancialización de la economía en lo político: la inflación es, más que un fenómeno de distorsión económica, un sistema de resolución perversa de los conflictos. La "cultura de la inflación" socava las bases mismas de la "convivencia social civilizada" (5). Es por ello que es central durante la transición extirparla como modo de convivencia.

### El Pueblo ha muerto ¡Viva la Sociedad!

El discurso del alfonsinismo, guarda la característica de dirigirse a una pluralidad indefinida de sujetos sociales. Estos pueden ser los: "ciudadanos", "argentinos", "cada argentino", "la sociedad", "nosotros", "todos", lo cual nos muestra la negación a la definición de grupos como identidades colectiva. Los soportes de la sociedad serían de este modo los individuos de los que habla la tradición liberal, y que en la nueva concep-



ción política asumen la condición de "Sujetos". Así encontramos en este discurso la identificación y definición de los "sujetos democráticos", de los "sujetos autoritarios" y, también, subyaciendo como interlocutor constante del discurso, el "sujeto reflexivo", depositario de la racionalidad política que caracterizaría la re-fundación de lo político en nuestra sociedad contemporánea. El pasaje del individuo al sujeto marca la asunción del discurso alfonsinista de una terminología nueva para hablar del hombre particular. Concepto distinto el de sujeto, es cierto, pero que, distinción teórica aparte, marca en su utilización una concepción ideológica que se acerca peligrosamente a la vieja tradición liberal que ya conocemos.

Existe una negación manifiesta a la identificación de sectores de la sociedad. Las interrelaciones se suceden desconociéndose constantemente a quien se habla. Paradojalmente se habla a la sociedad (todos, ciudadanos, etc.), es decir, que sabiendo a quien se destina el discurso (la mayoría posible), es imposible identificar en el mismo actores sociales colectivos algunos. Desaparecen las clases sociales consecuentemente del discurso. Esto permite que se fuerce a admitir, con lógica discursiva, que "todos (. . .) conocimos la violencia porque había algún consenso social para la violencia"(6). Desaparecen de este modo los culpables y su identificación sectorial dentro de la sociedad, pero también desaparecen los involucrados compulsivamente, por la fuerza de los hechos en los dramas sociales. Esta lógica discursiva se interna por caminos sofistas para convencer a la sociedad de que los dramas de nuestra historia descansan en la culpabilidad de todos los argentinos.

La desaparición de los sectores sociales en el discurso, acentúa la imposibilidad de reestructuración de identidades colectivas. Esto es particularmente pernicioso para los sectores populares que al no reconocerse más que vagamente en la palabra más difundida por los medios, la del oficialismo, encuentran dificultades mayores para rearticularse y superar la desagregación que sufren.

El discurso, su eticidad voluntarista que define "los deseos" del gobierno, su no recono-

cimiento de las clases sociales dentro del simbolismo puesto en juego, su constante apelación a la sociedad que conceptualiza de modo muy amplio a un "todo" contradictorio y con intereses opuestos donde se diluyen en consecuencia las contradicciones expresadas en la sociedad civil, desnuda otra característica del alfonsinismo: el desconocimiento de las disputas sectoriales por lograr una mejor ubicación social. Por ello, lo conflictivo es aceptado en el discurso en tanto que predefinido y no comprometiendo el orden. Pero el conflicto social que adquiere connotaciones específicas no predefinidas, termina siendo en la acción política visto como contra-productivo e inaceptable cuando escapa de los moldes de la lógica política predefinida por el gobierno(7) y que la participación simbólica de los ciudadanos debería convalidar.

### Ni Liberación ni Dependencia Interdependencia.

Alfonsín en Parque Norte nos dice que "Es menester lograr una correcta inserción de la Argentina en el mundo". Seguidamente propone que dicha inserción debe ser pensada en función de los cambios que se darán en el país en su marcha "hacia la modernización y la consolidación de la democracia", y estos cambios, que afectarán las condiciones internas del país deberán guardar relación con las modificaciones que se están produciendo en el orden internacional, no solo dentro de las otras naciones sino en el modo como se produce la relación de las mismas entre sí.

El alfonsinismo define la intención de ubicar a la Argentina como nación, en un marco de relaciones con el resto de las naciones, en condiciones de igualdad inter pares: "Propondrá a que las reglas democráticas sean también el patrón que guíe las relaciones entre las distintas naciones del mundo"<sup>8</sup>.

Estas definiciones que marcan un fuerte contenido de un voluntarismo político, parecerán regidas por una visión ético-jurídica de las relaciones de fuerza internacionales. Por ello la integración latinoamericana es vista más como elemento que posibilitará la cons-

trucción de una base más sólida desde la cual disfrutar de los beneficios del desarrollo mundial que como elemento de presión política para repensar la construcción de un nuevo orden que desanude los criterios de marginalidad a los que se ven sometidos los países pobres. Esto se aprecia cuando postula que la integración regional "deberá tender hacia un futuro en que la humanidad en su conjunto comparta los avances científicos, tecnológicos, económicos y culturales de esta etapa de modificaciones profundas en la organización de las sociedades"<sup>9</sup>. Se parte de una lógica cuyas premisas acunan un alto contenido ético en el cual descansa la confianza en la humanidad, en los valores esenciales de los hombres que tienden a compartir los frutos de la cultura universal. Las naciones, sus diferencias, los intereses nacionales que presuponen el sojuzgamiento de otras naciones, las históricas relaciones de explotación consecuentes con esos intereses, se funden y se confunden con la apelación al humanismo que presupone que la humanidad se piensa a sí misma y actúa en consecuencia detrás de la búsqueda de su mejor desarrollo.

Este pensamiento acentúa las líneas de interdependencia en las que se encuentra el mundo actualmente. Parte de la constatación de lo que la realidad muestra: la internacionalización de los productos científicos, tecnológicos, económicos y de todo producto cultural que en general se defina como de alto potencial de consumo en el mercado mundial -incluyendo el arte contemporáneo-; y desde allí define la integración cultural positivamente: es el mundo, la humanidad, los pueblos, los que se desarrollan, los que evolucionan. Así nos dice en un pasaje: "el intercambio fecundo entre todos los pueblos dará lugar en un futuro no muy lejano a mayores cuotas de integración en una cultura universal, que los modernos sistemas de comunicación y los otros tipos de relación entre los pueblos tornan inevitable y deseable"<sup>10</sup>. De este modo el alfonsinismo decide asumir la interdependencia que, como concepto, desnuda un mecanismo ideológico favorable a los intereses de los centros mundiales de poder. La relación inter pares, jurídicamente iguales, esconde las

relaciones de dominación entre las naciones.

La interdependencia, concepto de la ideología de los países desarrollados puede asimilarse para comprender la realidad de integración de los países centrales, pero desde una perspectiva periférica en el sistema mundial, el concepto de interdependencia esconde las profundas desigualdades existentes en el sistema económico mundial, utilizando como mecanismo ideológico para lograrlo las relaciones y la apelación a la humanidad como base de sustentación para disfrazar el desarrollo desigual, la desigual participación de los hombres en el disfrute de los beneficios de dicho desarrollo. Dicho sea de paso, la falsedad de tal concepción encuentra un ejemplo triste en la reciente decisión británica que extiende su soberanía a las aguas circundantes a Las Malvinas. Pareciera que además de la igualdad ético-jurídica existe algo que se llama las relaciones de fuerza.

La humanidad progresa en su conjunto; eso muestra la deseabilidad de la interdependencia, pero esa mirada macro de lo que sucede en el mundo esconde que mientras la humanidad progresa hay grandes sectores de esta misma humanidad que viven en condiciones de pobreza extrema, producto de la marginalidad a la que la misma lógica del sistema mundial los somete.

El todo avanza sobre el retroceso de algunas de sus partes. Es en este punto donde el concepto de interdependencia opera como elemento discursivo, que articulando elementos de la realidad, vacía, esconde y desvía la atención sobre la realidad de nuestro país, cuya inserción en el mundo está históricamente determinada por su dependencia respecto de los polos de hegemonía en el orden mundial.

En resumen, nos preguntamos: Qué fenómeno ha sucedido en el mundo, en el Tercer Mundo, en América Latina y/o en la Argentina en los últimos tres años que si en aquel entonces muchos argentinos -incluyendo la Junta Coordinadora- creían que el nuestro era un país dependiente, hoy nos hayamos convertido en interdependientes? Nos atrevemos a responder que ninguno.



## TODO ES CRISIS

La propuesta alfonsinista parte de diagnosticar una doble crisis, sistémica y social. Por la primera se verifica una pérdida de la capacidad de control sobre el medio; éste expresa demandas que exceden la capacidad existente para resolverlas. En esa medida lo político se torna insoluble y los partidos políticos que, por definición, tienen como tarea la de canalizar, sintetizar las demandas del sistema, terminan teniendo menos poder que las organizaciones sectoriales como la Sociedad Rural o la CGT. Por la segunda, se ha perdido la estabilidad del sistema, en particular del sistema de valores que sostiene la posibilidad de que la sociedad funcione mediante el consenso, lo que supone un reconocimiento mutuo de las normas de acción de los actores. Esta doble crisis termina por debilitar y aún extinguir las identidades de los actores sociales. La pertenencia a un partido, a una clase, aún a la misma nación son cuestionadas.

Tal es la envergadura de la crisis que el sistema tiene menos posibilidades de resolver los problemas que aquellos que se requiere para proveer a su propia conservación. En este sentido, la crisis es vista como un conjunto de perturbaciones<sup>11</sup> que atacan la integración sistémica. Ello amenaza el patrimonio sistémico solo en la medida en que estén en juego la integración social, es decir, en la medida que la base de consenso de las estructuras normativas de la sociedad resulte tan dañada que la sociedad misma se vuelve anómica. Los estados de crisis se presentan en este caso en consecuencia como una desarticulación de las instituciones sociales.

El peso fundamental del diagnóstico del alfonsinismo está colocado en la dimensión normativa. La misma es incorporada como garantía del logro de la estabilidad política en una mirada hacia el futuro y depende de un diagnóstico en el cual las crisis políticas recurrentes y la consecuente puesta en duda de la validez de las instituciones, surge producto de las tendencias autoritarias circulantes en la sociedad, que implican la escasa tolerancia para con la desidencia y la consecuente negación del otro como sujeto

que debe ser reconocido.

La dimensión normativa es incorporada en un doble proceso, en primer lugar, lograr la circulación de valores democráticos, proceso que engloba al conjunto de los actores sociales. En segundo término, constituir un marco normativo que configure las bases mínimas para el funcionamiento político de una sociedad democrática, proceso que engloba al conjunto de los actores políticos.

En una mirada hacia el pasado, el sistema político argentino mostró desviaciones que provocaron la constante inestabilidad institucional. Al respecto, puede mencionarse como fundamental la conformación de una cultura política antidemocrática edificada sobre la base de la intolerancia. Los partidos liberales conservadores, los movimientos nacionales y populares y los partidos ubicados en la izquierda del espectro político, se habrían proyectado, en interacción con los otros actores políticos, desde un lugar que los hacía portadores absolutos de las grandes verdades. En síntesis, una cultura política edificada sobre el no reconocimiento del otro, la intolerancia y, fundamentalmente socializados bajo valores autoritarios. La democracia pasó entonces a ser excluida naturalmente de la reflexión y la práctica social y política.

En la Argentina cada grupo se definía como representante del todo y actuaba de acuerdo con una concepción que dividía la sociedad en compartimentos estancos, por ejemplo los que estaban dentro de la Nación y los que estaban con la anti-Nación. Esta concepción de un grupo como encarnando los valores del todo, con la consecuente concepción universalizante de sus propios valores, hacía que los sujetos estuvieran poco preparados para un proceso democrático, que reconoce como válido y primordial el reconocimiento de la alteridad, es decir, el reconocimiento del pluralismo, que es la base de la democracia. Si un grupo cree que sus valores son los del todo, hay otros grupos que quedan excluidos del juego político y, en consecuencia, la historia nacional se define a partir de una concepción en la cual cada grupo intenta la imposición de sus valores pretendiendo que sean asumi-

dos por todos.

Los sujetos, en consecuencia, están impregnados por una cultura que se basa en la no aceptación del principio del reconocimiento del otro. Por ello, en la Argentina la consolidación de la democracia también es un problema cultural, es decir, no sólo existen grupos antidemocráticos sino que hay una deformación cultural que hace que los sujetos sean la base de sustentación de acciones antidemocráticas. "El enano fascista que todos llevamos dentro" constituye, en el plano del sentido común un ejemplo que expresa esta visión alfonsinista. La no existencia de un marco normativo aceptado por el conjunto y al cual subordinen su acción los distintos grupos, está en la base de la deformación por la cual la Argentina no puede resolver su constante crisis política.

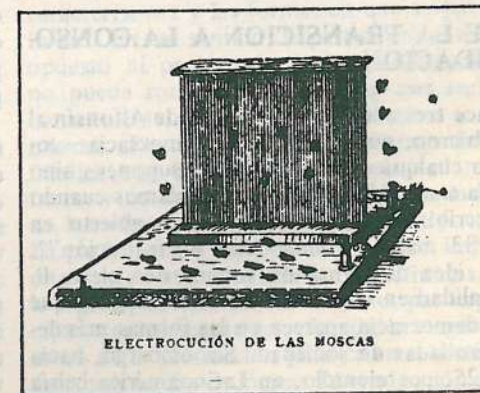
Asentar la democracia en la Argentina es, entonces, una labor que tiene como dimensión importante operar sobre la subjetividad de los ciudadanos para promover un cambio fundamental en la dimensión cultural de modo de constituir sujetos democráticos.

El problema de la consolidación de la democracia es, pues, un problema cultural y el gobierno que asumió el poder en 1983 es el primero que entendió la importancia de lo cultural para consolidar la democracia; por ello se propuso la tarea de operar sobre la subjetividad de los ciudadanos.

Discrepamos totalmente con este diagnóstico. La crisis de nuestro sistema político tiene su raíz no en un desfasaje entre demanda y oferta ni en un presunto corporativismo de la sociedad argentina, menos aún en un autoritarismo del que todos seríamos igualmente responsables y portadores. La incapacidad por establecer una democracia en nuestro país se relaciona, en primer término, con el carácter regresivo de nuestras clases dominantes que a lo largo de los últimos veinte años han apelado recurrentemente a la violencia para perpetuarse en el poder. A diferencia de otras clases dominantes, como la brasileña, la nuestra ha optado por un país pequeño, estrictamente agrario, insensible a las modificaciones habidas en el escenario mundial. En segundo lugar, la democracia no fue posible porque durante 25 años hubo una estrecha relación entre los

movimientos sociales populares y una estructuración política de los mismos. En esas circunstancias, un gobierno de las mayorías era imposible por el potencial revolucionario que implicaba.

Hoy se da una particular coyuntura política. La aventura malvinense ha roto el lazo existente entre la oligarquía y las Fuerzas Armadas, éstas ya no son más la organización política de aquella, no por falta de vocación sino por carencia de credibilidad. La represión masiva implementada durante la dictadura militar dificulta hoy el rol político que los militares han jugado en la vida nacional durante las últimas décadas. La deslegitimación de las clases populares al régimen de explotación implementado por la dictadura militar y la asociación simbólica inmediata a nivel popular de las FFAA, como brazo político del bloque de poder, sumerge a los sectores dominantes en la dificultad de consolidar un proyecto político detrás del cual articular hegemoníamente a la sociedad. El campo popular, a su vez, frente a la desarticulación de sus organizaciones y a los efectos desagregadores de lazos de solidaridad que surgen como secuelas de la represión, no encuentra caminos que viabilicen la posibilidad de una construcción política alternativa. La relación de fuerzas expresa, en consecuencia, una situación de equilibrio detrás del cual el dinamismo político gira en torno de la preservación y rearticulación del sistema o la transformación del mismo. La necesidad de recomponer la crisis hegemónica del bloque de poder y la posibilidad nueva que la salida democrática presentó a los sec-





tores populares para avanzar en la construcción de un proyecto alternativo de poder jugaron como elementos dinamizadores de ese empate social a través del cual renació la democracia en 1983.

De ahí que entender la crisis política en términos básicamente sistémicos hace abstracción de características que han marcado no sólo el sistema político nacional, sino también su relación con la estructura de clases existentes y el perfil económico predominante. Como se buscan las raíces en factores puramente políticos, las soluciones que se proponen también negarán su relación con otros planos de la acción social.

Así, en lugar de ser conscientes de la debilidad que supone un sistema democrático fundado en el equilibrio de fuerzas antagónicas, se termina concibiendo tal vicio como virtud, esto es, pensando que la función de la democracia es mantener aquel equilibrio, ilusionándose con una autonomía de la política que encontrará su desengaño en la ruptura de ese empate.

Resulta ingenuo entender democracia política en el largo plazo sin referencia alguna a una democracia económica, a menos que aquella sea definida tan solo como marco a través del cual canalizar el conflicto social y no como protagonismo, como poder popular que, en tanto tal, no puede limitarse a administrar las disidencias sino lograr que la capacidad de autodeterminación, esto es, la libertad, sea patrimonio de todos en todas las esferas de la actividad humana.

## DE LA TRANSICION A LA CONSOLIDACION

Hace tres años, con la llegada de Alfonsín al gobierno, no llegamos a la democracia — como cualquier inocente podría suponer — sino a la transición. ¿Y de qué hablamos cuando inscribimos el proceso político abierto en 1983 bajo el lema de “la transición”? La idea de transición supone una cierta linealidad en el proceso histórico. Sugiere que la democracia aparece en las formas más desarrolladas de sociedad. Sin embargo, hacia 1925, por ejemplo, en Latinoamérica había

formas democráticas mucho más avanzadas desde el punto de vista de la democracia burguesa que la de muchos países europeos. Al hablar de transición democrática se está adscribiendo a ese prejuicio de que al principio viene la barbarie, esto es, la dictadura, y al final los países bárbaros han aprendido a vivir en democracia.

Además, desde el punto de vista histórico, si se comparan todos los principios de la historia, esto es, todas las dictaduras, y después se comparan todos los finales, se percibe que muchos principios no tienen nada que ver entre sí y muchos finales tampoco. El final que se da en Nicaragua es muy distinto del final que se da en Brasil. El inicio que se da en Perú es muy distinto del que vemos en Argentina. Denominar por igual a todos esos procesos definiéndolos como transición democrática, es un poco abusivo.

Pero el concepto de transición implica otra deformación, que expresan muchos dirigentes, en el sentido de que “nosotros no vivimos una democracia, estamos en una transición, como todavía no vivimos una democracia, hay un montón de cosas que todavía no podemos exigir”. Esto por ejemplo alrededor del tema de a qué militares juzgar. Dado este panorama, muchos decían: “en rigor habría que juzgar a todos, pero como estamos en una transición ... hacemos lo posible”. Por suerte, hemos terminado la transición. En su discurso sobre la Convergencia Democrática<sup>12</sup>, Alfonsín la da por cumplida e inaugura una etapa nueva: la consolidación.

La transición da paso a la consolidación. Aquella se definía a partir de la necesidad de la existencia de un pacto fundacional<sup>13</sup>, de la necesidad de un pacto democrático por el cual todos los actores, al menos los privilegiados, esto es, las organizaciones políticas, se comprometían al respeto de ciertas reglas. La transición está por terminar, nos dice Alfonsín en su último discurso sobre la convergencia. La cultura del miedo está terminando, la cultura que se refugia en lo privado está terminando y la gente “empieza a perderle miedo a lo público”. Esta es, la transformación que se advierte en la sociedad. Pareciera que se está en una etapa en la cual se ha logrado que el enano fascista que todos tenemos dentro se haya reducido, al

menos para el grueso de la población, a niveles tales que ya no constituya un peligro. Una proporción importante de la población ha logrado conformar una conciencia democrática. Estamos en una etapa distinta. Y si bien ella no está configurada enteramente, implica poner en los papeles, institucionalizar los logros iniciales de aquel pacto democrático que, en todo caso, estaba a cargo de individuos.

La institucionalización es la nueva etapa que se abre a partir del 2 de octubre de este año consistente en impulsar una reforma institucional, una reforma económica y una reforma educativa, o sea, se trata de codificar una serie de transformaciones sobre la base que ya existe un consenso preestablecido. En esto consiste la consolidación de la democracia. “La consolidación como innovación”<sup>14</sup> nos propone la convergencia. Conservar es revolucionar, nos dicen sin sonrojarse. Un elemento conservador aparece como si fuera revolucionario. Afirman que lo existente es lo que queremos, ahora ya no hay limitaciones en cuanto a que antes queríamos cosas y no las lográbamos en la medida que no había una relación de fuerzas favorable. Ahora esa relación de fuerzas, al menos en las conciencias individuales, se ha logrado y eso tiene que dar paso a los grandes objetivos de la democracia. Por supuesto, al final de la historia, el traspaso del poder institucional de un presidente a otro, pero antes la reforma constitucional, las modificaciones en la sede de la capital, en la estructura gubernamental a través del régimen del primer ministro y otros inventos con los cuales nos sorprenderá Alfonsín seguramente a lo largo del año, cuando vea que va perdiendo la iniciativa política.

## LA DEMOCRACIA SIEMPRE ES FORMAL

Si ahora se pasa a consolidar el sistema es porque su misma vigencia desde hace tres años permitió asegurar la paz, la legalidad y, con ello, los sujetos reconocieron la alteridad, esto es, reconocieron su propio lugar y el lugar del otro. Esta nueva situación permite mayor participación y modifica la menta-

lidad colectiva de modo tal que la democracia pueda expresarse en lo cotidiano (rutinas democráticas) y en el desarrollo de un verdadero proceso democrático en la sociedad a través de una práctica cotidiana democrática. De este modo, el pacto democrático ha permitido superar las discusiones entre democracia sustantiva y democracia formal. Es necesario entender que la democracia tiene necesariamente un aspecto formal, porque es impensable una sociedad moderna sin el establecimiento de una forma democrática representativa, como forma de régimen político, a la vez que la democracia como sustancia es el único régimen que permite el desarrollo del hombre.

Ahora bien, habría que preguntarse de que modo es posible una democracia participativa bajo las condiciones reales en las que se encuentra el país. El concepto de democracia participativa, desarrollado por algunos teóricos contemporáneos, y retomado por el alfonsinismo presupone, un alto sentido de comunidad, y mayor distribución de riqueza. Pero la realidad es otra y asentar el sistema democrático sobre una desigualdad creciente, tal como está sucediendo, tiende a marginar a un número creciente de argentinos ya no sólo en la esfera económica sino también en el mundo de la política. Para ello se recurre a conceptualizar de manera muy peculiar dos temas de la organización política: la participación y los partidos.

La participación es entendida como modo de “influir sobre”, no como modo de “decidir sobre”. La participación presupone la existencia de un marco que norma acerca de las características y las formas en que se puede influir. En ese sentido, la participación es lo opuesto al protagonismo. La participación no puede romper, ni modificar esas reglas constitutivas, sólo dar ciertos matices a las mismas. Por el contrario, el protagonismo implica una libertad y una capacidad más fuerte y autónoma acerca de cambiar, incluso, las mismas reglas iniciales.

La participación supone la aceptación implícita de determinados marcos predefinidos de la lógica política. En este sentido, participación es propiamente negación del protagonismo o de la producción política en el sentido de construcción de lógicas de producción po-



lítica asentadas sobre los intereses de las clases populares.

De esta manera, el marco de las reglas de juego define la participación únicamente como institucional. En consecuencia, los individuos participantes o los grupos participantes se constituyen en cuanto tales en la medida en que son reducidos a soportes de esas mismas reglas de juego pre-establecidas.

De ahí la importancia de los partidos políticos. La idea subyacente es que ellos actúan en el sistema político como agregadores de las demandas, de modo tal que el sistema de partidos políticos se transforma en el lugar de negociación donde se procesan las demandas y se devuelven como productos a la sociedad. Esto tiene como consecuencia, disminuir la cantidad de demandas que soporta el sistema político, con lo que se evita el peligro de un proceso disruptivo. Desde este punto de vista los partidos políticos también actúan como elementos dinamizadores del nuevo funcionamiento democrático de la sociedad. En tanto canalizan las demandas, se establece la posibilidad de que el nuevo pacto democrático tienda a la superación de la facciosidad de la etapa anterior de la sociedad, donde las corporaciones tenían un poder de veto muy fuerte en el sistema político y constantemente realimentaban procesos disruptivos que terminaban fracturando el sistema institucional.

Es de presumir que el alfonsinismo observa en la Argentina un sistema de partidos de pluralismo polarizado (15), característico también de la sociedad italiana. Se trata de un esquema donde el espectro ideológico es muy amplio y las situaciones de centrifugación política hacia los extremos son muy fuertes. Hay grandes partidos anti-sistema que tienen un poder político y de veto muy grande para cualquier elaboración de políticas públicas por parte del gobierno. En esta lógica política es también importante la concurrencia de las corporaciones, fundamentalmente las que representan los intereses primordiales en la producción, el capital y el trabajo, esto es, corporaciones de empresarios y de trabajadores asalariados. Estas y el Estado, definen la manera de llevar adelante las políticas que permitan hacer viable

el funcionamiento del sistema.

Sin embargo esta lógica teórica requiere ciertas adecuaciones para su aplicación al caso argentino. En la medida que se acepta el sistema capitalista dependiente dentro del cual se definen los marcos de posibilidad de la acción gubernamental, el alfonsinismo redescubre su originalidad. En general, se afirma que este gobierno es la socialdemocracia en la Argentina. Es una exageración. Mientras que puede afirmarse que la socialdemocracia europea se reivindica como de los trabajadores europeos, el gobierno radical está en contra de la identidad política de los trabajadores argentinos.

Y de esta diferencia se derivan otras cuestiones. La socialdemocracia europea plantea una fuerte integración entre los sistemas político y de organizaciones reivindicativas y sectoriales. En cambio, el modelo argentino, si bien en los papeles a veces puede plantear una cuestión análoga, presenta una serie de debilidades al respecto que tienen que ver con la estructura económica y de clases. Por un lado, fallan las entidades empresarias.

Por otro, falla la organización de los trabajadores. La empresaria porque no existen asociaciones, como en Europa, que representan una burguesía nacional, fuente de acumulación imprescindible en un sistema capitalista para un crecimiento económico sostenido.

En la Argentina esas entidades son reemplazadas por los capitanes de la industria. Y no se sabe muy bien si están cerca de Alfonsín para especular financieramente a partir de la información con la que cuentan o porque son el modo en que el imperialismo norteamericano mantiene un cierto control sobre el gobierno. Pero el esquema también falla por el lado de los trabajadores. El modelo quisiera una CGT domada, inscrita dentro de los planes que propugna el FMI, que pidiera mejoras prudentes en las condiciones de trabajo, y no en las cuestiones salariales "porque es imposible distribuir más". Que tuviera un papel subordinado totalmente respecto del sistema político. Pero en la Argentina esto resulta muy difícil a partir de la tradicional relación entre trabajadores e identidad política, entre peronismo y CGT.

## LOS RIESGOS DEL ALFONSINISMO

La situación de equilibrio de fuerzas sobre la cual renació la democracia en 1983 plantea un desafío para el gobierno.

No se asumió como gobierno popular para avanzar en la consecución de los objetivos que consolidaran los intereses de los sectores populares. No se asumió como representante de las clases dominantes. Su pretensión de distancia lo lleva no sólo a recostarse en la tecnocracia, lo que no sería excesivamente grave, sino a una particular definición de lo posible: lo que hoy existe es el futuro y se trata de conservar la relación de fuerzas existente.

Conservar es innovar, afirma.

Dentro de la concepción política de operar sobre lo posible, esta lógica permite avivar un reencuentro histórico aggiornado con una

democracia de ribetes liberales que posibilitaría consolidar las expresiones ideológicas de las clases dominantes. En este sentido, las propuestas del gobierno terminan siendo una concesión a las clases dominantes en la medida en que el liberalismo jugó históricamente como sustento ideológico de las mismas.

Las interpelaciones aparentemente novedosas del alfonsinismo, la sociedad, la autonomía de la política, la crisis sistémica, la transición y la consolidación, tienen fuerza no tanto por su originalidad teórica o por su capacidad explicativa sino por el retroceso a que se vieron sometidos los sectores populares. De ahí que, concientes de tal situación, el gobierno visualice como peligroso la recomposición autónoma de las organizaciones políticas del pueblo. Para subsistir, el gobierno necesita la debilidad popular. Queda por ver cómo se fortifica el poder popular sin destruir el sistema democrático.

- (1) Alfonsín, Raúl. Discurso pronunciado ante el plenario de delegados de la U.C.R. el 10 de diciembre de 1985 en Parque Norte. Punto 3.2.
- (2) Idem. Puntos 3.2 y 4.2, "La inflación como sistema de una sociedad facciosa".
- (3) Idem. Punto 3.3.
- (4) Idem. Punto 3.3.
- (5) Idem. Punto 3.1.
- (6) Alfonsín, Raúl. Discurso de presentación de los "Lineamientos..." 2 de octubre de 1986.
- (7) Los intentos de reglamentar las huelgas, determinándose cuando una huelga es lícita o no lo es, parecerían confirmarlo.
- (8) Alfonsín, Raúl. Idem.
- (9) Idem.
- (10) Idem.
- (11) Habermas, Jürgen. *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Bs. As., Amorrortu, 1975, Pág.s 15 a 23.
- (12) Alfonsín, Raúl. *Lineamiento para una convocatoria a la convergencia democrática*. 2 de octubre de 1986.
- (13) de Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos. "Crisis social y pacto democrático" en *Punto de Vista*, Bs. As., N° 21, 1984.
- (14) Alfonsín, Raúl. Idem. Punto 2.2.
- (15) Sartori, Giovanni. *Partidos y sistemas de partidos*, 1. Madrid, Aianza Universidad, 1980, Pág. 156 y ss.

## FE DE ERRATA

En el N° 1 de Confrontación en la pág. 68 "La vivienda..." se basa en los datos de una investigación realizada por Patricia Davolov, Estela Torino y Marcela Jabbaz.



# El Estado en el Capitalismo Avanzado

\* ALBERTO WIÑAZKY

## 1. — LA INTERVENCIÓN DEL ESTADO

El estado capitalista como representante del interés político del conjunto de la burguesía expresa la relación de fuerzas existentes entre las clases y fracciones de clase, reflejando asimismo las contradicciones internas entre los distintos sectores que componen el bloque del poder.

El ensanchamiento de la esfera de acción del estado, a partir de la crisis de 1929, permite con sus intervenciones que se concrete la reproducción ampliada del capital social total, garantizando el interés político del conjunto de los sectores que lo componen bajo la hegemonía de la fracción dominante de la burguesía. De esta forma, la fracción monopolista ocupa en las actuales circunstancias una posición dominante haciendo que el estado recree esencialmente sus intereses en el largo plazo subordinado a las demás fracciones burguesas. La mediación del estado durante la etapa predominante del capitalismo monopolista se encuentra, en líneas generales, subordinada a sus funciones ideológicas y a las relaciones de poder. Pero en el protagonismo actual del estado las funciones económicas pasan a ocupar un lugar preeminente, decisivo, en el ciclo de la acumulación y reproducción del capital. Estas funciones económicas se dirigen a

\* *Economista*. — *Movimiento al Socialismo*

asegurar a la fracción monopolista la continuidad de su proceso de reproducción, manteniendo una tasa de ganancia superior a la media en perjuicio de las otras fracciones no monopolísticas y del conjunto de los trabajadores.

Estas funciones económicas del estado permiten asegurar las transformaciones en las relaciones de producción y consolidar la extracción de plusvalía aumentando la tasa de explotación.

Se encuentran focalizadas en la socialización de los costos de producción, dado que con su intervención se financian las erogaciones generales que demanda el proceso de producción capitalista. De esta manera se sufragan determinados costos del proceso de producción y se establece una intensa ligazón entre la circulación del capital de las empresas privadas y el presupuesto nacional. La participación del estado en la economía se produce de múltiples formas como ser:

a) elevando la productividad a través del gasto en inversiones públicas como las efectuadas en infraestructura (camino, puertos de aguas profundas, centrales eléctricas, etc.) y en gastos de investigación y desarrollo a través de instituciones científicas y universitarias;

b) disminuyendo los costos del trabajo: con gastos de educación técnica (1), salubri-

dad, vivienda, recreo y planificación urbana y regional;

c) asumiendo bajo su control aquellas funciones de baja rentabilidad que no excluyan la realización de actividades rentables;

d) absorbiendo los costos sociales y materiales derivados de la producción privada (subsidios de paro, bienestar, daños ambientales, etc.);

e) sustituyendo al mercado a través del consumo improductivo (industria bélica, espacial, etc.).

Pero sin lugar a dudas, la actuación del estado procurando regular la acumulación de capital y la lucha de clases se sitúa esencialmente en las relaciones de producción, porque "... la producción es la que determina las relaciones de intercambio en el mercado (la circulación) y el consumo, y no a la inversa contrariamente a toda una serie de concepciones neo-marginalistas, la acción decisiva del estado no concierne a las coordenadas del mercado, al terreno de la circulación e intercambio de las mercancías o de la fijación de los precios, y menos aún del consumo individual (como pretende toda la verborrea actual sobre la 'sociedad de consumo') sino, precisamente, a las relaciones de producción" (2).

De esta forma la acción del estado se convierte en la contratendencia dominante que evita en el largo plazo la baja de la tasa de ganancia a través de la elevación (por su propia acción) de la tasa de plusvalía y explotación. Este accionar se ve facilitado porque "... la fase de equilibrio inestable, que se inició con la victoria de la revolución rusa y con la derrota de la revolución alemana, tocó a su fin en 1929. Debido a la incapacidad de su dirección, la clase obrera europea no estuvo en condiciones de resolver en su provecho la aguda crisis social capitalista. El fascismo y la Segunda Guerra Mundial crearon las precondiciones para que la crisis se resolviera provisionalmente en favor del capital" (3).

De este modo y contrariamente a lo acaecido después de la Primera Guerra Mundial, el movimiento obrero "se abre" a una dirigencia reformista y los partidos tradicionales de la clase obrera resultan ser absoluta-

mente incapaces de cumplir su cometido histórico, al mismo tiempo que coinciden con el gran capital europeo en la necesidad de la reconstrucción económica bajo la dominación del capital monopolista. Asimismo, tanto en el norte de Europa como en los EE.UU. el capitalismo hace uso de las masas trabajadoras de las colonias y semicolonias para realizar todas aquellas tareas de baja remuneración. Sobre esta base se desarrolla la actividad del estado en el período de posguerra actuando como la principal contratendencia que trata de evitar la caída de la tasa de ganancia. Pero es cierto también que el peso respectivo de una u otra contratendencia depende siempre del nivel que alcance la lucha de clases. Pero no obstante si esta contratendencia tiende a dominar es porque se asiste, sobre todo en los países capitalistas industrializados, al neto desplazamiento de la explotación extensiva del trabajo y de la plusvalía absoluta (nivel de salarios y duración del trabajo) hacia la explotación intensiva del trabajo y la plusvalía relativa.

Acompaña este desplazamiento un cierto grado de "cooperación" con el estado capitalista por parte de determinadas dirigencias sindicales a cambio de algunas reformas sociales y políticas, como también la permanente medicación del estado, quien trata de contener las profundas contradicciones entre las clases y fracciones de clases, unificando los intereses políticos tras la fracción dominante del capital.

La intervención del estado al extender sus funciones económicas como parte de la producción total, supone una transferencia parcial de plusvalía hacia su propio aparato (tanto por el incremento de la presión fiscal como por su activa participación en el proceso de producción), lo que permite que durante veinticinco años (1945-1970) impere cierto grado de estabilidad económica en los países capitalistas industrializados al atenuarse considerablemente las fluctuaciones coyunturales del sistema. Esta creciente participación del estado no tuvo un carácter excluyentemente económico ya que su dinámica política fue intensa reflejando especialmente los intereses de la burguesía monopolista y reduciendo su hegemonía de clase. Así



**Un nuevo lápiz.** — El nuevo lápiz que presentamos á nuestros lectores, tiene la barra azul que es de una preparación especial: con su ayuda se puede escribir sobre vidrio, sobre porcelana y sobre metal. Permite trazar sobre un cristal el dibujo de una flor: será fácil indicar el contenido de las botellas y mencionar el año en que se cosechó determinado vino. Este mismo lápiz puede prestar grandes servicios á los médicos, pues, empleándole sobre el cuerpo del paciente, podrá indicar con toda claridad á los enfermeros el punto exacto del cuerpo



es como la complejidad del estado moderno lleva a éste a superar una actividad encaminada solamente a conservar el poder por medio de su aparato represivo. Pero para poder fijar explícitamente los límites del compromiso entre los distintos sectores de la clase dominante, tiene que expandir la actividad de sus instrumentos ideológicos, tratando de resolver puntualmente los conflictos planteados por las contradicciones de clase y por los problemas colaterales que esa misma intervención acarrea, concurriendo también a garantizar las relaciones capitalistas de explotación. En efecto, si bien la cohesión de la sociedad dividida en clases supone en primer lugar que ésta se reproduzca materialmente, es necesario que la explotación y la reproducción de las clases y fracciones de clase dominadas, no se efectúe por la utilización de la violencia, sino a través de la reproducción regida por la ley del valor.

Así es como el estado de posguerra elimina, en cierta medida, a los elementos considerados "antisociales", permitiendo la reproducción de la ideología dominante y la división de las masas populares, división que tiende a ampliarse por el gran desarrollo tecnológico que marca aún más la separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Todas las actividades del estado en el campo de la seguridad social, los subsidios por desocupación, la organización de la vivienda, los transportes, el medio ambiente, etc., permiten moldear el cuerpo político sobre el que ejercen el poder, de

forma de someter masivamente a los trabajadores a la hegemonía del capital monopolista.

De esta forma, el estado puede intervenir masivamente en la reproducción del capital, movilizándolo permanentemente las tendencias contrarrestantes a la baja en la tasa de beneficios por medio de un complejo conjunto de formas de explotación económicas y políticas, demostrando que el proceso de acumulación (en tanto proceso de lucha de clases) es siempre político, si bien en todos los casos se encuentra mediado por la intervención del estado.

Esta "planificación" y participación del estado de los países capitalistas avanzados, le permite aparecer como representante del interés general, haciendo que los sectores dominados "acepten" toda una serie de compromisos con lo que el estado se presenta como el elemento de equilibrio en la lucha económica y política de las masas sojuzgadas. Este principio de legitimidad capitalista se manifiesta a través de un conjunto de entidades homogéneas, cuya unidad tiene siempre como sustento al estado capitalista, comenzando a funcionar independientemente de la tradicional división de poderes, pero insertados siempre en el campo de las relaciones de clase.

Estas estructuras político-económicas que configuran la esencia del estado moderno, reflejan formas específicas de poder con una autonomía relativa de funcionamiento (siempre bajo la estricta dominación de la burguesía monopolista), cuya consecuencia concre-

ta es la aparición de ese predominio estatal como representativo del interés general con el marco de una sociedad dividida en clases.

La hegemonía de clase se refleja en la unidad del estado capitalista (a pesar de la aparente separación de los poderes), si bien por factores de orden técnico que hacen a su funcionamiento se han ido creando diversos "aparatos del estado", que materializan la planificación y participación del estado en las economías de los países capitalistas avanzados. Estos organismos vienen funcionando especialmente desde la posguerra y se pueden citar algunas de sus actividades:

a) la "planificación" en Holanda, donde se regula la demanda global controlando precios y salarios resulta particularmente intensa. Lo mismo se produce en Suecia.

b) En Francia, la "planificación de la Reconstrucción de Posguerra (el plan Monnet de 1946) se transforma a partir de 1953 en el Segundo Plan Quinquenal.

c) Las nacionalizaciones de los laboristas británicos (ferrocarriles, minas de carbón, acero, transporte carretero, Banco de Inglaterra, etc.).

d) En Japón, se ejecutan: el Plan de Rehabilitación Económica (1949-1953) el Plan Quinquenal para el Autoabastecimiento Económico (1956-1960), para llegar al Plan de Desarrollo Económico y Social (1970-1975).

e) En 1951, en Alemania, se crea por ley un sistema por el cual se forman "Consejos de Trabajo" en toda la industria pesada, que busca contribuir al "manejo pacífico" de los conflictos de clase.

f) En los EE.UU. se crea el "Consejo de Asesores Económicos" que tiene por objeto establecer objetivos nacionales con los que "deberían estar de acuerdo todos los sectores importantes de la Sociedad". Funcionan actualmente, además, los "Sistemas de Planificación y Programación del Presupuesto", la "Ley de Ayuda Exterior" de 1969, la "Corporación de Inversiones Privadas en el Exterior", etc.

La proliferación de todos estos consejos de expertos (en la realidad un proceso de negociación de élites) busca, además de planificar la producción y el consumo, volver ino-cuos los conflictos de clase. De esta forma, el capitalismo logra volcar a su favor la balanza del poder, no solamente con la utilización de elementos coercitivos, sino aprovechando ciertos mecanismos más sutiles de control que se apoyan en el consenso y en cierta forma de participación, fundamentalmente con la incorporación de extensas fracciones del sindicalismo organizado que aparecen como socios menores en la sociedad capitalista desarrollada.

Estos procesos de "integración nacional" de los sindicatos se concretan a través de la participación directa o indirecta en la formación de las decisiones políticas, dialogando con la clase dominante, asegurando la previsión social, etc. En ese sentido, "... la crisis actual del movimiento sindical no es la crisis del sindicalismo en general sino la del sindicalismo de participación conflictual, de un sindicalismo que vive de la institucionalización del conflicto. Es decir, de un sindicalismo que sólo acepta postular reivindicaciones que puedan ser integradas por el sistema (salarios, ventajas sociales, eventualmente duración del trabajo) sin tocar ni el control de las condiciones de ejercicio del trabajo (productividad, cadencia, reparto y cotización de los puestos, sistema jerárquico de la empresa, utilización del capital fijo) ni la gestión de la empresa (control de los libros contables, de los mercados, de los precios de reventa, de los contratos de investigaciones, de las finalidades de la producción).

Desde los acuerdos Matignón de 1936, éste es el tipo de sindicato, tanto en Europa Occidental como en U.S.A., que domina el movimiento sindical. Bajo formas diferentes, ese sindicalismo que transforma a los militantes obreros en profesionales del sindicalismo, se caracteriza igualmente por la delegación del poder de las masas en los aparatos sindicales (ya se trate, como en Francia del fenómeno del sindicalismo minoritario o en U.S.A., o Alemania, del sindicalismo obligatorio (closed shop)" (4).

La intensa actividad desplegada por el



estado y sus organismos colaterales contribuye activamente al crecimiento de la burocracia estatal y, de esta manera, cuanto más se convoca al estado para que "regularice" el conflicto intra e interclase, más grande es la inevitable burocratización que se produce (5). En suma, el núcleo económico y político de estas organizaciones cuasi corporativas de las sociedades capitalistas avanzadas surge como el modo más eficaz para asegurar la "paz social", permitiendo al mismo tiempo que los conglomerados multinacionales realicen una intensa acumulación de capital y se vayan adueñando del centro de la escena económica y política en todo el mundo capitalista.

De esta forma el estado va cumpliendo su función de regulación y su función de hegemonía, respondiendo a los intereses de los sectores dominantes quienes se benefician con los resultados concretos que les reportan estas políticas, al mismo tiempo que permiten que el sistema capitalista resulte más "soportable" a las fracciones de la clase dominada durante todo el período del boom de posguerra.

## 2. - EL CUESTIONAMIENTO DEL INTERVENCIONISMO ESTATAL

Pero ante la reaparición de las contradicciones del sistema capitalista monopolístico, y de acuerdo a la lógica del liberalismo, el estado ve controvertida su legitimidad como representante del interés general produciéndose la "... ruptura entre las multinacionales y el Estado. Las corporaciones entendieron que el Gobierno no significaba para ellas una protección en el orden militar, ni tampoco cubría sus turbios manejos en la conquista de mercados. El Estado, con todos sus poderes, fue considerado por las multinaciones como una institución anacrónica que ponía vallas a las empresas en su proyección para convertir al mundo en un mercado único" (6).

La profundidad y extensión de la crisis del sistema productivo transnacional, la inexistencia de los reajustes de tipo competitivo y el agotamiento de la acción de las contratendencias que aseguran la consecu-

ción de la reproducción ampliada, llevan al capital monopolista a cuestionar las estructuras del estado intervencionista en un intento por reasegurar el proceso de acumulación (7) sin las interferencias producidas en el mercado por los subsidios al paro, los excesivos gastos públicos, o su laxismo en materia monetaria.

Pero a pesar de la embestida de la fracción monopolista del capital contra el estado, la intervención decisiva de éste en las relaciones sociales y en el proceso de producción, distribución y administración de los intereses de las grandes corporaciones, hace que no puede pensarse en superar la crisis sin su activa participación, ya que el estado resulta el instrumento que podría permitir el restablecimiento del equilibrio cuya ruptura ha significado un freno en el proceso de acumulación capitalista (8). Por lo tanto, "... aunque los dirigentes de las multinacionales estén contra el estado, porque lo consideran desactualizado, comprenden la necesidad de su existencia bajo otras formas y criterios. Compromiso éste no fácil de lograr" (9).

De tal forma, resulta evidente que las soluciones basadas en la necesidad de reducir el tamaño del estado para restaurar los niveles de eficiencia y rentabilidad de la fracción dominante, se enfrentan con la causa estructural más importante que justifica la intervención del estado que consiste en asumir los costos ocasionados por la desvalorización del capital (10).

De manera que resulta muy difícil prescindir de una tecnoestructura diseñada para sostener las necesidades del capitalismo monopolístico en el período en que el estado regula los distintos procesos de acumulación.

Pero puede ser necesario que para lograr una nueva coherencia del sistema de reproducción ampliada se imponga un nuevo carácter para la intervención del estado. Esta comprobación permite advertir que a diferencia del período iniciado en 1945, la búsqueda de contratendencias eficaces que permitan revertir la caída de la tasa de ganancia no pasará por la activa participación del estado en la prosecución de la acumulación, ya que la concentración y centralización del capital en las empresas multinacio-

nales ha hecho que el grado de monopolización de la economía sea de tal magnitud que las decisiones tomadas por las transnacionales significan un punto de partida cierto para las decisiones que tomen los distintos estados nacionales. Esta situación genera, no obstante, una intensa polémica sobre las futuras normas de producción e intercambio capitalista y sobre la participación del estado en el proceso productivo. Este debate sobre la decisiva participación del estado en los manejos monopolísticos del capitalismo incluye a diversos sectores de la burguesía y a sus ideólogos más notorios, quienes con algunas diferencias tratan de buscar "una salida" a la crisis por la que atraviesa todo el sistema capitalista.

Entre las opiniones vertidas se pueden mencionar algunas como la que sostiene que "El desarrollo del estado es esencialmente el producto de la necesidad y se efectuó de manera empírica en función de las dificultades aparecidas en las sociedades occidentales, para preservar sus equilibrios esenciales. Las guerras mundiales y las crisis económicas han sido durante el Siglo XX los vectores de la expansión estatal: la guerra perturba el juego normal de las leyes económicas y el estado se ve obligado a organizar la economía, sustituyendo a las empresas desfallecientes; las crisis demuestran la fragilidad de la economía capitalista y su incapacidad para resolver por ella misma sus propias contradicciones. En los dos casos el estado aparece como el último recurso y su intervención, como la condición misma de la supervivencia de la sociedad. Pero esas fases excepcionales durante las cuales la vida social está enteramente supeditada a las iniciativas del estado, no constituyen solamente pequeños períodos ya que una vez allanadas las dificultades, los dispositivos de protección utilizados en esas ocasiones subsisten y tienden a combinar sus efectos. Todo funciona como si cada nuevo paso efectuado por el estado excluyera toda posibilidad de retorno: lejos de replegarse sobre sus fronteras originales el estado continúa ubicado sobre los territorios conquistados". (11)

Otras corrientes afirman que el estado no debe volver a convertirse en un "estado

gendarme", sino que en lo esencial debe reajustar sus modalidades de actuación. En este caso el cuestionamiento fundamental se dirige hacia el creciente papel de las empresas estatales, sosteniendo que su presencia excesiva incide en las "... presiones inflacionarias y produce dificultades en el control del gasto global en las economías nacionales, especialmente en aquellas en que esas empresas son parte importante". (12) De aquí surgen las proposiciones de "restablecer la competencia en el sector público", la "utilización más frecuente de la subcontratación de servicios públicos a empresas privadas, que permitirían una disminución en la presión impositiva y una mejor distribución de la renta.

Por otro lado F. Hayek sostiene que detener la evolución del estado significa "privar al estado del monopolio de la emisión de moneda, de manera que no pudiendo aumentar indefinidamente los impuestos y no logrando financiar su expansión con la creación de créditos se vea obligado a reducir sus gastos y su tren de vida".

La Escuela de Chicago liberada por Milton Friedman, viene exponiendo desde hace más de veinte años una serie de teorías con las que enfrenta a las corrientes keynesianas y postkeynesianas en una estéril polémica que por supuesto no resolverá ni atenuará los males del capitalismo, como tampoco detendrá la marcha de la historia. Entre sus principales postulados se puede mencionar el que sostiene la necesidad de desmitificar el "welfare state" (estado benéfico) que se habría constituido en una gran estafa "... ya que cuesta a la Nación (y a un número de no favorecidos), más de lo que aporta", debiendo limitarse exclusivamente a garantizar una tasa de crecimiento regular de la masa monetaria. También sostiene que es necesario "... desmitificar la noción del interés general que esconde un fenómeno de explotación del resto de la sociedad por una casta privilegiada de funcionarios y burócratas". Simultáneamente la emprenden contra los funcionarios especializados quienes, según los monetaristas, no tienen por qué fijar normas óptimas sobre la contaminación ambiental y la seguridad o la higiene en empresas, vía



pública, etc.

En Europa, Henri Lepage, principal exponente francés del movimiento denominado "los nuevos economistas", afirma que para luchar contra el estado providencial hay que suprimir toda gratuidad; hacer pagar al consumidor el costo real de los servicios públicos. También agrega que es "... necesario desmitificar el viejo dogma republicano de la escuela pública y gratuita". Es indispensable que se sepa, insiste, "... que la gratuidad es el sistema más ineficaz a fin de alcanzar, lo más posible, sus objetivos de igualdad de oportunidades" (13).

Este redescubrimiento de los fundamentos de liberalismo manchesteriano, que se presenta acompañado por una ofensiva del dogmatismo liberal, se extiende hacia otras esferas de la actividad económica y social para tratar la posibilidad de restablecer "al dinero el papel clave de los mecanismos económicos", "la defensa de los cambios flotantes", "las teorías del consumidor" y las del "capital humano" que escapan a este análisis.

La materialización de algunas de estas premisas se manifiesta también en las acciones de algunos gobiernos que responsabilizan al sector público por la carencia de una dinámica propia ante la profunda revolución científica y técnica actual. Por lo tanto tratan de "desregular" y "desreglamentar" la actividad privada reformando el sistema de seguros sociales, eliminado leyes en beneficio de las empresas monopólicas y transformando regresivamente las leyes sindicales. De esta forma pretenden reducir la protección social recreando la presencia de los trabajadores concebidos aisladamente los unos de los otros, cuestionando al mismo tiempo la representatividad de los sindicatos en un intento por volver al capitalismo salvaje de antes de 1850. De tal modo la actividad empresarial del estado va cediendo su accionar ante la presencia de los grandes conglomerados multinacionales como en Alemania Federal donde el estado anuncia que retirará sus inversiones en distintas empresas como Volkswagen, Lufthansa, Vebe, etc.; Italia inicia un proceso de privatizaciones en el Instituto para la Reconstrucción Industria-

le; Inglaterra efectúa privatizaciones, tanto en el área industrial como de servicios, incluyendo a English Channel Ferry Services, British Aerospace, Cable & Wireless, etc.

Pero estas actitudes no explican en definitiva cómo podrá la clase dominante —sin la activa participación del estado—, acelerar la desvalorización del capital (14), mantener los gastos en equipo y educación técnica, regular las importaciones, fomentar las exportaciones, etc. Y tal vez lo que es más importante: asegurar la reproducción de las relaciones de producción y circulación capitalistas (15), aumentando aún más el grado de explotación de la fuerza de trabajo, disminuyendo los impuestos indirectos, reduciendo las contribuciones patronales para el seguro social, etc. Es decir que se enfrentan dos principios contradictorios en el proceso de reproducción: por un lado la necesidad que tiene el capitalismo de evitar los desajustes del mecanismo de la economía contando para ello con la permanente intervención del estado, y por el otro, la intención de reducir la presión fiscal y los gastos de seguridad social para de esta forma incrementar la tasa de ganancia y restablecer la regulación "espontánea" del mercado. Esta incongruencia sólo podría resolverse reemplazando el actual equilibrio inestable que lleva a la parálisis de las decisiones de largo plazo, por el despliegue de nuevas tecnologías que modifiquen la productividad del trabajo y la eficiencia de la producción permitiendo el reinicio pleno del ciclo reproductivo.

Pero además, para que el capitalismo encuentre una solución a la crisis deberá elaborar simultáneamente profundos cambios en el plano económico, social, político y cultural produciendo, al menos temporalmente, una creciente explotación de la fuerza de trabajo, la reorganización y el aumento de producción del proceso laboral, con salarios reales cada vez más bajos para los obreros que permanezcan ocupados, y bienestar reducido para la población en general. Todo en favor del capital y su monopolización creciente en los países industrializados. La misma resolución de la crisis capitalista también implica el redespliegue de algunos procesos industriales, basados en el indremento de la superexplotación, hacia los países del Ter-

cer Mundo.

Para que esta mayor explotación de la fuerza de trabajo, una renovada ola de inversiones y una nueva base tecnológica produzcan "niveles adecuados de ganancia", el sistema deberá crear también condiciones de producción y circulación originales que provoquen la extensión e intensificación del funcionamiento de las fuerzas que intervienen en el mercado mundial. Estas transformaciones tendrá que producirse de forma tal que permitan una reducción del valor de la reproducción de la fuerza de trabajo a través de la presencia permanente del ejército de reserva en los países industrializados y de condiciones extremas de superexplotación en la periferia del sistema.

Un nuevo período de crecimiento bajo estas condiciones impondría además un acentuamiento de los valores "irracionales y antihumanistas de la cultura y la subcultura burguesas" (16) que preparen la conciencia de los pueblos para aceptar las situaciones a las que se vería sometida la humanidad. A su vez en el interior del estado la presencia del capital monopolista es una realidad que pesa en todos los aspectos, no solamente económicos sino también en aquellos ligados a la reproducción de las relaciones internacionales de la producción. En esas circunstancias operaría como un regulador creciente de la distribución del trabajo so-

cial mundial entre la producción de los países centrales y la realizada en la periferia.

Pero las formas concretas de explotación y reproducción de la fuerza de trabajo se encuentran condicionadas por el contenido histórico que adopta el antagonismo fundamental entre el capital y el trabajo asalariado. De esta forma en el centro del proceso de acumulación se halla siempre la lucha de clases. Es en este contexto de sociedades de clases donde el estado es primordialmente guardián y defensor de los intereses económicos de las fracciones dominantes, planeando y coordinando los objetivos privados de quienes controlan los resortes del poder. El cambio de esta estructura —un largo proceso en el cual la acción de las masas populares actúan en el sentido de acumular fuerzas para llegar a dominar el centro del poder político—, significa desarrollar un movimiento de ruptura efectiva hasta lograr inclinar esa relación de fuerzas en el propio beneficio de las masas populares. Es que este proceso que intenta la extensión e intensificación del desarrollo capitalista facilita también la aparición y organización de movimientos sociales opuesto al sistema. La Revolución Rusa de 1917 precisó esta posibilidad con un vigor espectacular pasando a ser la primera evidencia de que esa posibilidad podía efectivizarse y que un nuevo orden mundial era viable.

## NOTAS

- (1) No debe sorprender que una corriente del pensamiento marginalista asigne a este gasto el concepto de inversión.
- (2) Nicos Poulantzas, Estado, Poder y Socialismo, SIGLO XXI, México 1979, Pág. 216.
- (3) Ernst Mandel, El capitalismo tardío, Ediciones Era, México 1979, Pág. 217.
- (4) Serge Mallet, Control obrero, partido y sindicato, P y P N° 44, Córdoba 1973, Pág. 21.
- (5) La burocracia permanece en sus puestos aunque cambie el partido en el gobierno, ya que su reclutamiento y funcionamiento obedece a exigencias y coerciones provenientes de los grandes intereses monopólicos.
- (6) Mario Blanco, La Nación, 19 de octubre de 1980, Pág. 9.
- (7) En realidad el capital monopolista pretende reiniciar el proceso de acumulación contando con el incremento de la tasa de ganancia como consecuencia de la baja que se produce en el salario real y en el salario social. Además quiere eliminar al estado productor de plusvalía y competidor en el mercado de los sectores monopólicos, tareas que el estado realiza



por medio de las intervenciones directas o indirectas en el proceso productivo.

(8) Como lo ha venido haciendo intensamente desde la segunda posguerra.

(9) Mario Blanco, La Nación ya citado.

(10) Y al mismo tiempo imponer una redistribución regresiva del ingreso, para que la burguesía logre retomar la curva ascendente de la tasa de ganancia.

(11) Problemas Economicos, La fin de l'Etat providence, N° 1678, pág. 4.

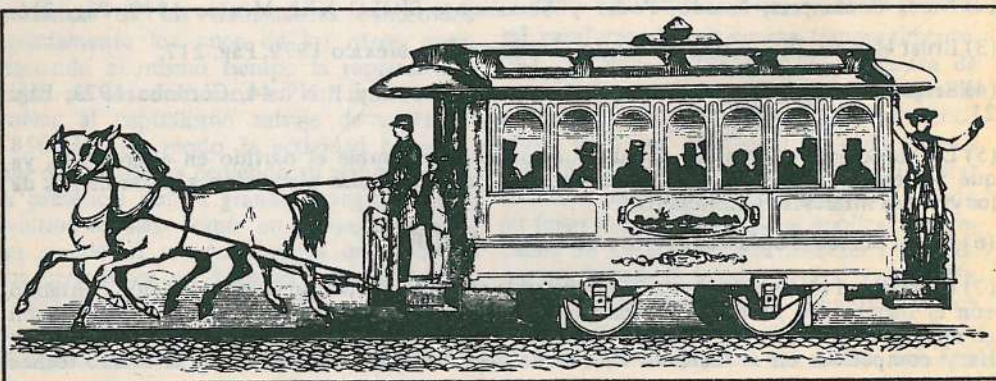
(12) Fondo Monetario Internacional, Finanzas y Desarrollo, Diciembre de 1979, pág. 27.

(13) Henri Lepage, Mañana el Capitalismo, Alianza Editorial, pág. 375.

(14) Los países industrializados han implementado nuevos y mayores incentivos a la inversión acelerando la desafectación productiva del capital fijo con cargo al presupuesto. En el programa aprobado en los EE.UU., a principios de 1982, se modifican los plazos de la vida útil de los activos fijos a los efectos de su amortización. De acuerdo con el mismo, estos plazos son de tres años para los vehículos, de cinco años para las maquinarias y equipos y de diez años para los edificios industriales. Simultáneamente se fija una bonificación fiscal del 10% para vehículos. A ello se suma la reducción general de las alícuotas de imposición sobre las rentas para lograr incentivar las inversiones. En los Países Bajos los beneficios impositivos se elevaron del 7% al 12% para las compras de maquinarias y equipos, tratando de eliminar los obstáculos que ofrece la parte creciente del capital fijo e inmovilizado. En Inglaterra se eleva del 50% al 75% la deducción para la compra de edificios industriales. Francia adopta una deducción tributaria del 10% por el primer año en el caso de las inversiones en nuevos activos amortizables, conforme al sistema de saldo decreciente que existe desde octubre de 1980. Bélgica introduce como parte de su "Programa de recuperación social y económico" una exención de hasta el 5% de las utilidades imponibles de las sociedades por concepto de utilidades reinvertidas.

(15) Como consecuencia de la crisis el estado norteamericano ha procedido a rescatar de "las garras del mercado libre y competitivo" a empresas monopólicas como Chrysler, Lockheed, etc., Francia gasta millones de francos para salvar a Boussac. Gran Bretaña no permite que se hunda la empresa British Leyland y Alemania Federal resuelve no dejar caer las 80 fábricas de AEG-Telefunken con serios problemas desde 1973. La AEG se encuentra estrechamente ligada al capital bancario a través de sus relaciones con el Dresdner Bank quien como el conjunto de los bancos alemanes se encuentran seriamente expuestos por los problemas de endeudamiento del bloque de Europa Oriental.

(16) Ernst Mandel, Las ondas largas del desarrollo capitalista, SIGLO XXI, Madrid, 1986, pág. 106.



Impresión: Alloni S.A.  
Del Barco Centenera 1436 - Bs. As. (1424)

diciembre 1986